



**Universidad Michoacana
de San Nicolás de Hidalgo**



Instituto de Investigaciones Filosóficas "Luis Villoro"

Facultad de Filosofía "Samuel Ramos"

Tesis de Maestría:

**La noción de sujeto en el materialismo-dialéctico de Slavoj Žižek: Hacia una crítica
de la psicología "basada en evidencia"**

**Presenta;
ARTURO VELASCO HIGAREDA**

Para obtener el grado de:

MAESTRO EN FILOSOFÍA DE LA CULTURA

ASESOR:

Dr. Oliver Kozlareck

Morelia, Mich.

Noviembre del 2025

RESUMEN

Esta tesis examina los aspectos epistémicos y ontológicos de la noción de sujeto en la obra de Slavoj Žižek, con el propósito de formular una crítica filosófica rigurosa al paradigma de la psicología basada en evidencia. En un contexto donde los discursos científicos tienden a reducir al sujeto a una entidad cuantificable y funcionalmente adaptable, el pensamiento de Žižek — anclado en el psicoanálisis lacaniano, el idealismo hegeliano y el materialismo marxista— permite una relectura radical de la subjetividad como lugar de falla, inconsistencia y negatividad constitutiva.

La investigación se estructura en tres capítulos. El primero analiza el contexto histórico y filosófico que enmarca el surgimiento de una forma paradigmática de pensar el idealismo alemán, a través del prisma del psicoanálisis lacaniano y del debate sobre la existencia de la llamada Escuela Eslovena o de Liubliana. El segundo reconstruye los fundamentos epistémicos y ontológicos del sujeto en Žižek. El tercero aplica este marco conceptual a una crítica de la psicología contemporánea basada en evidencia. Se argumenta que el sujeto no puede ser reducido a un dato observable sin violentar su estructura simbólica y su inscripción ideológica. Este trabajo busca ofrecer una herramienta crítica para repensar la subjetividad en tiempos de cientificismo y tecnocratización del saber.

Palabras clave: Ideología; Escuela Eslovena; Ontología; Epistemología; Materialismo dialéctico; Sujeto; Visión de paralaje; Psicología crítica; Psicoanálisis lacaniano.

ABSTRACT

This thesis investigates the epistemic and ontological dimensions of the notion of the subject in the work of Slavoj Žižek, with the aim of formulating a rigorous philosophical critique of the paradigm of evidence-based psychology. In a scientific context that tends to reduce the subject to a quantifiable and functionally adaptable entity, Žižek's thought—grounded in Lacanian psychoanalysis, Hegelian idealism, and Marxist materialism—enables a radical rereading of subjectivity as a locus of structural failure, inconsistency, and constitutive negativity.

The study is organized into three chapters. The first examines the historical and philosophical context framing the emergence of a paradigmatic engagement with German idealism, approached through the lens of Lacanian psychoanalysis and the debates surrounding the existence of the so-called Slovenian or Ljubljana School. The second reconstructs Žižek's epistemic and ontological foundations of the subject. The third applies this conceptual framework to a critique of contemporary evidence-based psychology. It is argued that the subject cannot be reduced to an observable datum without undermining its symbolic structure and ideological inscription. This work ultimately aims to provide a critical tool for rethinking subjectivity in an era marked by scientism and the technocratization of knowledge.

Keywords: Ideology; Slovenian School; Ontology; Epistemology; Dialectical Materialism; Subject; Parallax View; Critical Psychology; Lacanian Psychoanalysis.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, por darme no sólo las condiciones materiales sino de los cimientos necesarios para poder seguir un camino profesional con un deber crítico y riguroso cuyos frutos obtenidos nunca pudieron haber existido sin ellos. A mi padre que ha creído en cada uno de mis proyectos y me ha apoyado incondicionalmente, a mis hermanos por acompañarme.

A mi lectora predilecta y compañera de vida, Iris, cuyos oídos infatigables y amplios comentarios fueron el faro de mi horizonte ante complicados senderos, y que construyendo a mi lado una postura crítica y ética de la profesión que compartimos logramos ser un equipo forjado entre el diálogo crítico entre la teórica y la clínica, así como ser un apoyo invaluable a lo largo de los años y de lo que se nutre cada palabra de esta tesis.

A mis asesores el Dr. Oliver Kozlarek, que logró encaminar y dar un orden a una multiplicidad de intereses en los que la inquietud desbordante desviaba a un sinfín de temas, a las lecturas del Dr. Jesús Emiliano, a los inestimables comentarios del Mtro. Alfredo González Reynoso, que compartiendo una cercanía teórica y dando una lectura crítica con aportaciones altamente pertinentes permitió la expansión y la perspectiva teórica de la presente tesis..

Por último, pero no menos importante al Mtro. Carlos Enrique Valles González que ha logrado situar un verdadero espacio de problematización “zizekiana” en seminarios especializados donde el aporte teórico se ha construido más allá del “discurso amo” y de donde han surgido interesantes lecturas que mantienen cierta tensión e irrupción ante el discurso académico y muestran la particular vigencia del pensamiento de la Escuela Eslovena.

TABLA DE CONTENIDO

Introducción.....	1
 Capítulo 1. Contexto histórico	
1.1. Contexto histórico-político: Yugoslavia y la transición eslovena.....	5
1.2. Rasgos y debates en torno a la “Escuela Eslovena”	7
1.3. El uso del psicoanálisis como marco teórico crítico.....	10
1.4. Slavoj Žižek en Francia: Miller, la École de la Cause freudienne y la consolidación de un programa teórico.....	12
 Capítulo 2. Ontología del sujeto en Slavoj Žižek e implicaciones sobre la subjetividad	
2.1. Ontología de la negatividad e incompletitud.....	16
2.2. El sujeto escindido.....	19
2.3. Subjetividad, identidad y alienación.....	24
2.4. La psicología oficial ante el sujeto.....	26
2.5. El síntoma ideológico como nudo estructural.....	27
 Capítulo 3. Crítica al positivismo de la psicología “basada en evidencia”	
3.1. Fundamentos de la psicología oficial: historia y evidencia.....	31
3.2. El DSM como dispositivo de estandarización diagnóstica y fetiche ideológico.....	34
3.3. Crítica epistémica a los modelos explicativos biomédicos como <i>capitonnages</i>	38
3.4. Crítica ontológica-epistémica: Psicología sin Sujeto.....	44
3.5. Ideología y efectos alienantes del discurso psicológico sobre el Sujeto.....	48
 Capítulo 4. Conclusiones, debates y líneas de investigación	
4.1. Conclusiones y debates.....	52
4.2. Aportes y limitaciones.....	53
4.3. Líneas de investigación futura.....	54
 Referencias.....	 57

INTRODUCCIÓN

Pensar el sujeto no es simplemente un ejercicio teórico, es también una urgencia histórica. Si algo define la condición contemporánea es la multiplicación de discursos que lo presuponen, lo diagnostican, lo gestionan o lo anulan. La psicología, en sus múltiples variantes institucionales, ha contribuido en este proceso de forma decisiva, produciendo una figura del sujeto a la medida de un mundo administrado: coherente, medible, susceptible de intervención y optimización. Frente a esta operación —a veces científica, a veces terapéutica, siempre política—, la tarea filosófica que aquí se asume consiste en recuperar el carácter conflictivo, inestable y antinómico del sujeto.

La figura del sujeto en Žižek se gesta, sin embargo, en un contexto político y cultural específico: la descomposición del proyecto socialista yugoslavo, la transición eslovena hacia el capitalismo, y el clima de desencanto que acompañó la caída de los grandes relatos. Pensar desde allí implicaba no sólo asumir la herencia rota del marxismo, sino repensarla desde un terreno inhabitual: el psicoanálisis lacaniano leído con y contra Hegel. Como ha señalado Ian Parker, no se trata de entender Yugoslavia como el simple “contexto” donde Žižek habría leído mal o combinado arbitrariamente a Lacan, Hegel y Marx. Los recursos teóricos siempre están distorsionados, y algo de ellos siempre falla: no se trata de justificar ideas por su origen social, sino de pensar cómo ciertos conjuntos conceptuales emergen allí donde el mundo se descompone, en puntos de ruptura e imposibilidad. La historia yugoslava no es el trasfondo explicativo de la teoría, sino su escena traumática. Los conceptos que allí surgen no resuelven la crisis: la encarnan.

Esta tesis no parte, pues, de una búsqueda neutral de fundamentos. Parte del síntoma: el sujeto como efecto de una falla en el saber, como vacío estructural que ninguna evidencia puede llenar. El fondo político de esa falla no es decorado, sino suelo inestable sobre el cual se intenta, sin garantía, pensar de nuevo.

OBJETIVOS

Objetivo general:

Reconstruir los fundamentos ontológicos de la noción de sujeto en la obra de Slavoj Žižek y considerar las implicaciones epistémicas en la subjetividad, con el fin de desarrollar una crítica conceptual al paradigma contemporáneo de la psicología basada en evidencia.

Objetivos específicos:

- Analizar el contexto histórico y teórico del surgimiento de la Escuela Eslovena de psicoanálisis.
- Delimitar los conceptos clave de la ontología y epistemología zizekiana del sujeto.
- Examinar críticamente la noción de subjetividad implicada en el discurso psicológico oficial.
- Elaborar una crítica ideológica que exponga los límites y tensiones de la psicología como saber “basado en evidencia”.

JUSTIFICACIÓN

No se trata aquí de refutar afirmaciones empíricas ni de polemizar con técnicas clínicas. Lo que se propone es más radical: interrogar los presupuestos ontológicos de un discurso que se presenta como neutral, empírico y científicamente validado. El sujeto del que parte Žižek no es una entidad observable ni un dato que se recoge mediante entrevistas estandarizadas. Es una falta, una fractura, una estructura de negatividad en el seno del saber mismo.

Frente a una psicología que se despliega como tecnología del Yo, que busca estabilizar identidades, gestionar síntomas y producir sujetos funcionales, la tesis aquí presentada parte de otra lógica: la del síntoma como verdad del sistema. En lugar de adaptar al sujeto a un entorno, se trata de pensar cómo el entorno —económico, simbólico, ideológico— produce un sujeto escindido que no puede coincidir consigo mismo.

En tiempos donde el cientificismo reemplaza la pregunta de la verdad por la de una mera validación estadística, y donde la subjetividad se confunde con el bienestar adaptativo, esta tesis se orienta contra la corriente. No para idealizar el aspecto caótico que implica reconocer las implicaciones de un sujeto, sino para recordar que todo sujeto en su aspecto de Real es, en última instancia, una imposibilidad.

METODOLOGÍA

El enfoque es teórico-conceptual. La metodología no se basa en encuestas ni experimentación controlada, sino en el trabajo filosófico sobre textos, rupturas conceptuales y entramados ideológicos. La tesis se apoya en tres vectores:

1. El psicoanálisis lacaniano, en su versión estructural y lógica, como teoría del sujeto escindido/dividido entre significante y significado.
2. El materialismo hegeliano de Žižek, que reinterpreta la negatividad como estructura ontológica del sujeto.
3. La crítica epistémica-ontológica de la ideología que se encuentra en la psicología basada en evidencia y cómo articula goce, saber y poder en un proceso de desubjetivación.

La escritura se propone como un ejercicio dialéctico en el sentido fuerte: no como conciliación de posiciones, sino como construcción de una tensión que no se resuelve. El método es, en este sentido, fragmentario, pero no arbitrario. Su unidad reside en la inconsistencia interna que lo atraviesa.

CONTENIDO

La tesis se compone de tres capítulos. El primero reconstruye el contexto histórico y filosófico en que surge el pensamiento de Žižek, deteniéndose en el papel de la Escuela Eslovena como espacio de ruptura metodológica. El segundo capítulo desarrolla las nociones clave de su ontología y epistemología del sujeto, atendiendo especialmente a la lógica del síntoma, el saber fracturado y el estatuto del goce. El tercer capítulo aplica este marco conceptual a una crítica radical de la psicología contemporánea, centrada en su forma más institucional y dominante: la

psicología basada en evidencia. Se analiza allí cómo dicho discurso se construye sobre una noción empobrecida del sujeto en que se vuelve un “Yo” desubjetivado y administrado, y cómo la teoría del sujeto lacaniana desde una lectura zizekiana permite desarticularlo desde su raíz al problematizar los cimientos ontológicos en los que se ha construido un discurso que en el fondo aparece en su dimensión plenamente ideológica.

CAPÍTULO 1. CONTEXTO HISTÓRICO

1.1. Contexto histórico-político: Yugoslavia y la transición eslovena

Pensar el surgimiento de Slavoj Žižek sin considerar el marco histórico que lo engendró es condenarse a leerlo como excentricidad o eclecticismo. Su obra, con toda su densidad conceptual, se ancla en una experiencia histórica singular: la balcanización, la disolución de Yugoslavia y la caída del muro de Berlín. No se trata aquí de explicar la filosofía como simple reacción a los acontecimientos, sino de pensar las condiciones de posibilidad de una lectura única del psicoanálisis y la filosofía. La historia yugoslava, con su promesa no alineada y su final sangriento, no es un telón de fondo pasivo, sino el terreno mismo donde se constituye una forma *sui generis* de materialismo que más tarde marcará a Žižek y a la llamada Escuela Eslovena.

El psicoanálisis en la antigua Yugoslavia tuvo un desarrollo particular, condicionado por el marco político-cultural instaurado bajo Josip Broz Tito. A diferencia de la Unión Soviética — donde el psicoanálisis fue proscrito por su supuesto carácter burgués e idealista—, Yugoslavia, como parte del Movimiento de Países No Alineados y con mayor apertura cultural hacia Occidente, permitió cierta circulación de ideas y prácticas psicoanalíticas, aunque siempre en espacios reducidos y periféricos (Kuzmanović 2019, 54).

En este contexto adquiere relevancia la figura de Paul Parin, médico, antropólogo y psicoanalista suizo, quien junto con Goldy Parin-Matthèy y Fritz Morgenthaler fundó la Zurich School of Ethnopsychoanalysis. Su praxis articulaba clínica y política, al entender la salud mental como inseparable de las condiciones materiales de existencia: “La salud mental no puede separarse de las condiciones materiales de existencia” (Parin 1983, 27). Este enfoque resonó con el medio yugoslavo, interesado en evitar una psiquiatría reducida al biologicismo, integrando dimensiones sociales en la comprensión del sujeto (Milošević 2014, 112).

La psiquiatría socialista yugoslava, aun heterogénea, compartía un núcleo crítico frente al modelo médico-positivista occidental. Según Ljiljana Milošević, “la práctica psiquiátrica yugoslava, en su mejor versión, buscaba ser un espacio de articulación entre el saber clínico, la

teoría social y la política emancipadora” (Milošević 2014, 114). En la misma línea, Ana Antić muestra cómo la revolución yugoslava impulsó un ideal de ciudadano que articulaba memoria, política y subjetividad, donde el psicoanálisis servía como herramienta para “olvidar” el pasado autoritario y construir un sujeto revolucionario (Antić 2023, 72).

La psiquiatría comunitaria también encontró espacio bajo el socialismo de autogestión. Programas en fábricas y barrios buscaban reintegrar social y laboralmente a quienes padecían trastornos psíquicos. Como señala Kulenović (1981, 280–81), coexistieron hospitales psiquiátricos con centros ambulatorios, en diálogo con debates internacionales sobre la antipsiquiatría. En contraste, el modelo estadounidense —articulado institucionalmente por la American Psychological Association (APA)— avanzaba hacia la estandarización psicométrica y la consolidación de un paradigma “basado en evidencia” que se impondría globalmente (Benjamin 2007, 205).

Este contraste histórico prepara el terreno para la crítica posterior de Žižek. Mientras la tradición yugoslava enfatizaba la historicidad del sujeto y su inserción en procesos colectivos, la psicología oficial norteamericana privilegiaba la medición objetiva del individuo. Este desfase es crucial para comprender cómo Žižek articula su proyecto filosófico-político: no como simple recepción de Lacan, sino como lectura atravesada por una escena traumática en la que historia, ideología y subjetividad se entrecruzan.

Finalmente, el colapso yugoslavo y la independencia de Eslovenia en 1991 intensificaron este trasfondo. La palabra “balcanización” pasó de designar un proceso geopolítico a convertirse en metáfora global de fragmentación violenta (Glenny 2012, 415). En ese mismo clima emergieron proyectos culturales como *Neue Slowenische Kunst* (NSK), con su lema *State in Time* (1992), y, paralelamente, el núcleo de intelectuales que daría forma a la Escuela Eslovena de psicoanálisis. No es casual que la publicación de *The Sublime Object of Ideology* (Žižek 1989) coincidiera con la inminente caída del muro de Berlín: un gesto inaugural en el que la lectura lacaniana-hegeliana se inscribía directamente en la crisis de los grandes relatos modernos.

1.2. Rasgos y debates en torno a la “Escuela Eslovena”

El debate sobre si puede hablarse propiamente de una “Escuela Eslovena” o de una “Escuela de Ljubljana” no es trivial. Para algunos críticos, el término “escuela” implica una institucionalidad que nunca existió de manera formal. El propio Žižek ironizaba al respecto: “éramos una troika irónica, sin estatuto ni estructura fija” (Žižek y Daly 2004, 15). Sin embargo, otros defienden su uso en virtud de la coherencia teórica y la colaboración sostenida de figuras como Mladen Dolar, Rastko Močnik, Alenka Zupančič y el propio Žižek, cuyo diálogo constante dio lugar a un corpus reconocible (Parker 2004, 91).

Este núcleo inicial constituye la primera generación de la Escuela Eslovena: Žižek, Dolar, Močnik y Zupančič, ligados a la Universidad de Liubliana y a la revista *Problemi*. Su común denominador fue la lectura de Lacan a través de Hegel, la recuperación del materialismo dialéctico y la incorporación crítica de Marx como “inventor del síntoma” (Žižek 1999, 12). Una segunda generación se desplegaría posteriormente, con teóricos como Samo Tomšič en Alemania y Jelica Šumič en Austria, que han llevado el marco zizekiano hacia la estética, la filosofía de la ciencia, la política comparada y los debates sobre el nuevo realismo.

Existe, en este sentido, una originalidad suficiente para hablar de “Escuela”: no tanto por la existencia de una doctrina o institución, sino por la persistencia de un método de lectura. Su gesto común consistió en liberar al psicoanálisis de su corsé clínico, transformándolo en herramienta para pensar el propio campo clínico y, a la vez, el terreno social, cultural e ideológico. Este desplazamiento implicó un alejamiento tanto del psicoanálisis institucionalizado por la IPA como de la filosofía académica tradicional.

Como observa Alenka Zupančič, el materialismo de Lacan —y con ello el de la Escuela Eslovena— no es el materialismo empírico de la objetividad cuantificable, sino un materialismo atravesado por la negatividad y la incompletitud: “En Lacan, la materia misma está agujereada, estructurada como vacío” (Zupančič 2008, 53). Este énfasis ontológico la distingue de otras recepciones lacanianas más centradas en la clínica pura o el estructuralismo cerrado.

Tal como se señala en el artículo “Café sin leche, Escuela sin conceptos: rasgos, operaciones y lecturas de la Escuela Eslovena” (Gómez Camarena y Aguilar Alcalá 2020), los rasgos distintivos de dicha Escuela no deben buscarse en una doctrina sistemática ni en un cuerpo conceptual cerrado, sino en una serie de operaciones metodológicas que definen un modo singular de pensamiento. En este sentido, “la Escuela Eslovena se caracteriza menos por su institucionalidad que por un gesto de lectura compartido” (307). Dicho gesto no consiste en la mera aplicación de conceptos, sino en un movimiento dialéctico de lectura y relectura, una práctica que insiste en la negatividad y en la fractura interna de todo orden simbólico.

La metáfora del “café sin leche”, propuesta por Mladen Dolar y retomada por Gómez Camarena y De la Torre Alcalá (2021), ilustra con cierta ironía este gesto, es decir tenemos una postura en donde la primacía del significante permite seguir siéndolo a pesar del cambio descriptivo de las propiedades, el café solo, el puro café ya alude a la falta de algo que lo complementaría, en este sentido la mera forma de escribirlo demarca una ausencia constitutiva, de la misma manera que la evidencia de una sustracción obvia el elemento sustraído: la Escuela Eslovena se constituye como un espacio de operaciones teóricas sin necesidad de estatuto institucional, un punto de encuentro antes que una doctrina cerrada. Su fuerza reside, paradójicamente, en sostener el vacío y no en llenarlo.

Entendiendo los “rasgos” que tienen en común la Escuela Eslovena es momento de aclarar lo que se entiende por “operaciones”. Citando textualmente del artículo:

¿Qué es una operación? En matemáticas este término se refiere a la aplicación de un operador sobre los elementos de un conjunto... A partir de esta definición matemática de operación, podemos afirmar que una operación es la aplicación de un operador para producir una relación, un reordenamiento diferente entre los elementos de un conjunto. (Gómez Camarena y Aguilar Alcalá 2020, 306).

A lo largo de las obras de Slavoj Žižek, Alenka Zupančič y Mladen Dolar, pueden reconocerse ciertas operaciones que se repiten como marcas estructurales del pensamiento esloveno. Entre ellas, Gómez Camarena y Aguilar Alcalá destacan las siguientes:

1. **Sustracción:** pensar el acto político no como gestión del síntoma social, sino como una sustracción que abre un vacío operativo (Žižek 1999; Dean 2006). En este caso el elemento sustraído cobra más impacto debido a reconocer su ausencia.
2. **Negatividad redoblada:** insistir en la contradicción, no superarla, con el fin de exponer el “centro ausente” del orden.
3. **Universalidad desde el síntoma:** concebir lo universal no como consenso, sino como la grieta compartida que emerge desde la excepción. Toda universalidad tiene un particular que lo rompe.
4. **Interpasividad:** mostrar cómo el goce delegado organiza la obediencia incluso en contextos de conciencia cínica, el concepto de Interpasividad es tomado por Slavoj Žižek desde Robert Pfaller (2014).
5. **Desidentificación con el yo:** entender el sujeto como una escisión entre el yo y el inconsciente, desplazando así la ilusión de identidad plena y autonomía, el inconsciente es la sutura que realiza el Yo con el Sujeto del inconsciente estructurado como un lenguaje. El sujeto debe entenderse como efecto de un vacío estructural, no como esencia.
6. **Paralaje:** habitar la fisura entre perspectivas inconmensurables en lugar de buscar una síntesis. Por ejemplo, la reflexión de los fenómenos naturales y culturales, su brecha se evidencia en el salto brusco que se produce al intentar pensar su mediación.
7. **Giro cómico:** reconocer en la comedia una lógica que revela la inconsistencia del orden (Zupančič 2008).
8. **Síntoma como política del goce:** leer los antagonismos sociales como configuraciones libidinales antes que como simples intereses económicos (Dean 2006).

La conjunción entre Lacan, Hegel y Marx definió así un sello distintivo: pensar el sujeto no como esencia ni sustancia, sino como efecto dialéctico de contradicciones simbólicas e ideológicas. Žižek puede afirmar, en consecuencia, que “Hegel fue el primer postmarxista”, precisamente porque anticipa el fracaso de todo proyecto político que pretenda clausurar las contradicciones en una totalidad reconciliada (Žižek 1989).

Este dispositivo metodológico permite comprender por qué la Escuela se proyectó más allá de Eslovenia, influyendo en críticos culturales como Todd McGowan y en debates contemporáneos sobre ideología, estética y política. En todos los casos, la clave no radica en una “identidad eslovena”, sino en la insistencia de un método: leer el presente desde la inconsistencia constitutiva del sujeto y desde la negatividad estructural de lo Real.

La Escuela Eslovena, entonces, no puede comprenderse solo como una curiosidad intelectual localizada en Liubliana, sino como el despliegue de un método crítico que lleva al límite la torsión lacaniana del materialismo. Si Žižek se convertirá en su figura más visible, es porque supo radicalizar esta lógica de la negatividad y la incompletitud en clave ontológica. Pero antes de entrar en esa reconstrucción, conviene detenerse en un punto decisivo: ¿por qué el psicoanálisis?

1.3. El uso del psicoanálisis como marco teórico crítico

“El psicoanálisis no es una psicología más, porque su objeto no es el alma o la mente, sino la falla misma del sujeto. La psicología, en cambio, busca siempre suturar esa falla, convertirla en una desviación medible.” (Žižek 1999, 112)

Desde sus orígenes, el psicoanálisis se constituyó como una teoría subversiva frente a las pretensiones de cientificidad que buscaban reducir lo psíquico a un objeto natural. Freud, al introducir la noción de inconsciente, desestabilizó cualquier concepción del sujeto como entidad transparente a sí misma (Freud 1923). Sin embargo, el destino del psicoanálisis en las instituciones internacionales mostró pronto una deriva distinta: la progresiva asimilación a los cánones médicos y la subordinación a la International Psychoanalytical Association (IPA) (Roudinesco 2017).

Un ejemplo paradigmático de esta tensión se encuentra en Igor A. Caruso, psicoanalista y crítico social que denunció la deriva “norteamericana” del psicoanálisis institucionalizado. En textos como *Narcisismo y socialización* (1987), Caruso señaló que la corriente freudiana había cedido demasiado al canon médico, abandonando su potencial de crítica social y filosófica (citado en Braunstein 2010, 115). Su cuestionamiento recuerda, en muchos aspectos, la posterior crítica de Jacques Lacan a la IPA: no al corpus freudiano como tal, sino al modo en que había sido domesticado por la institucionalización (Lacan 1985).

Este gesto crítico encuentra antecedentes en el freudo-marxismo, corriente que, ya desde los años veinte y treinta, buscó articular el psicoanálisis con la crítica social y política. Wilhelm Reich, en *Psicología de masas del fascismo* (1933/2020), mostró cómo la represión sexual y la estructuración libidinal podían explicar la eficacia ideológica del fascismo. Otto Gross, en *Más allá del diván*, había ya cuestionado los límites del psicoanálisis clínico para pensar las estructuras

de dominación social (Roudinesco 2017). Herbert Marcuse, en *Eros y civilización* (1955) y *El hombre unidimensional* (1964), reformuló la pulsión freudiana en clave emancipadora (Marcuse citado en Eagleton 1997, 141). Y Erich Fromm, en *Anatomía de la destructividad humana* (1973), exploró las dimensiones sociales del inconsciente en diálogo con el marxismo humanista (Fromm citado en Honneth 2017, 98).

Estos autores abrieron la posibilidad de pensar el psicoanálisis no como técnica terapéutica individual, sino como teoría crítica de la cultura y la ideología. No es casual que, después de la Segunda Guerra Mundial, la Escuela de Frankfurt fundara un Departamento de Investigaciones Psicoanalíticas y Sociales, donde figuras como Adorno y Fromm exploraron la dimensión inconsciente de la cultura de masas, del autoritarismo y de la racionalidad instrumental (Adorno y Horkheimer 2016; Muñoz 2000). Como señaló Marcuse, el psicoanálisis tenía el potencial de mostrar cómo las pasiones y los síntomas eran inseparables de las condiciones históricas de existencia, revelando el nexo entre pulsión y poder (Marcuse citado en Cruz 2015, 64).

Es en este linaje crítico donde debe situarse la elección de la Escuela Eslovena. El psicoanálisis fue para Žižek, Dolar, Močnik y Zupančič una herramienta conceptual insustituible: permitía sostener la escisión constitutiva del sujeto frente a la clausura ofrecida tanto por el adaptacionismo biologicista como por el sociologismo historicista. Allí donde la psicología positivista buscaba estabilizar al “yo”, y donde la fenomenología aspiraba a una descripción transparente de la experiencia, el psicoanálisis mostraba el carácter *éxtimo*, dividido e inconsistente del sujeto (Lacan 1953; Evans 2007).

La pregunta de Alenka Zupančič —¿por qué el psicoanálisis?— se responde justamente en este cruce: porque es la única teoría capaz de articular negatividad, ideología y goce en un mismo movimiento (Zupančič 2000, 14). A diferencia de otras lecturas lacanianas más centradas en la clínica, la Escuela Eslovena encontró en el psicoanálisis la posibilidad de intervenir filosófica y políticamente. Žižek, en particular, hizo de la categoría lacaniana de síntoma una herramienta para leer las formaciones ideológicas, y del concepto de goce una clave para comprender el modo en que la ideología se adhiere al cuerpo social (Žižek 1989, 33).

De este modo, la Escuela Eslovena convirtió el psicoanálisis en un marco teórico-crítico que podía dialogar con Marx, Hegel y la crítica cultural contemporánea. Allí donde otras disciplinas buscaban clausurar la división constitutiva del sujeto, el psicoanálisis la sostuvo como condición de posibilidad. En este gesto se encuentra la clave tanto de la especificidad de la Escuela como de la singularidad del proyecto de Žižek: no un psicoanálisis aplicado a la política, sino un psicoanálisis hecho filosofía de la política.

1.4. Slavoj Žižek en Francia: Miller, la École de la Cause freudienne y la consolidación de un programa teórico

En la reconstrucción que Žižek ofrece de sus años de formación, su llegada a Francia marca un punto de inflexión. Después de su licenciatura en Filosofía y Sociología en la Universidad de Liubliana, y de una carrera temprana marcada por la censura ideológica en Yugoslavia, obtiene en 1981 una beca para estudiar en París, en el marco del intercambio cultural que el gobierno de Tito mantenía con países occidentales. Su destino fue la Université Paris VIII – Vincennes–Saint-Denis, un centro en el que la presencia lacaniana seguía viva tras la muerte de Jacques Lacan en 1981, gracias a la actividad de la École de la Cause freudienne y la influencia de Jacques-Alain Miller (Dean 2006, 28–30; Parker 2004, 19).

En la entrevista recogida en *Arriesgando lo imposible*, Žižek recuerda con ironía que en esa época no existía ninguna “sociedad de psicoanálisis” institucional en Eslovenia: “Éramos la troika, sin estructura formal ni reconocimiento; yo incluso llevaba papelería con membrete oficial para impresionar a otros departamentos” (Žižek y Daly 2004, 16). Esta precariedad institucional le permitió una movilidad intelectual inusual, viajando con frecuencia para asistir a seminarios en Francia y otros países europeos.

Su paso por París le puso en contacto directo con el Séminaire de Lacan —ya bajo el control editorial y pedagógico de Miller—, pero Žižek se distanció de la lectura ortodoxa milleriana. En sus propias palabras: “mi proyecto no era prolongar a Lacan como un sistema cerrado, sino leerlo contra sí mismo, forzarlo a encontrarse con Hegel y Marx” (Žižek y Daly 2004, 21). Esta divergencia no fue sólo teórica: Miller buscaba una transmisión estrictamente clínica, mientras que Žižek aspiraba a un uso filosófico-político del corpus lacaniano, algo que lo alineaba más con el

espíritu de la teoría crítica que con el psicoanálisis aplicado en sentido estricto (Parker 2004, 22–23).

En esta etapa se consolida una forma particular de lectura que irá dotando de cierta consistencia o en su caso “inconsistencia” que define tan sólo parcialmente la peculiaridad de su obra, si es que tenemos claro que por obra no implica un sistema o una teoría completa.

Lacan hegelianizado: entender la falta en el Otro como equivalente estructural de la contradicción hegeliana (Žižek 1999, 61). Cuando Slavoj lee a Hegel a través de Lacan, permite comprender algunos aspectos clave que pudieron pasar por alto, si bien el mismo Lacan ya se había acercado de alguna manera a la obra hegeliana por medio de los famosos cursos de Kojève, Slavoj hace una particular puntualización Lacan es hegeliano en donde menos cree serlo, es decir en la última etapa de su obra en donde pone acento en la cuestión de lo Real, si bien, sigue siendo de basta importancia la lectura que da Lacan de la dialéctica del amo-esclavo, o las argumentaciones del estadio del espejo, sin embargo, aspectos centrales como la lógica del no-todo está más cercano a lo que Žižek encuentra de fructífero al leerlo en esta clave.

Hegel lacanizado: leer la dialéctica no como despliegue teleológico sino como insistencia de lo negativo (Hegel 2011). este gesto es tal como hizo Lacan al releer a Freud a través de la antropología y la lingüística estructuralista además de filósofos como Heidegger. En este caso el concepto de la “astucia de la razón” es releída por Žižek bajo la misma lógica retroactiva del significante, en la que algo sólo cobra su sentido en un segundo momento, este fenómeno propio de la asociación libre en donde la cadena significante marca su sentido sólo hasta que un último significante ordena el resto, aunque Žižek es claro con que este nivel de narrativa sigue siendo de cierta forma ficcional, no por nada se muestra suspicaz ante el apartado “histórico” del materialismo, sino al historicismo de la psicología, en donde el trauma en el sentido clásico es explicado directamente “suturando” o dando explicación al estado de las cosas de su presente.

Marx como inventor del síntoma: el análisis de la forma mercancía como matriz de las formaciones ideológicas (Dean 2006, 55–57). Si bien fue Lacan y no Žižek el que llega a decir que Marx es el inventor del síntoma es porque la lógica del fetichismo de la mercancía funciona a la manera estructural del síntoma, Marx mostró cómo, en la sociedad capitalista, aquello que aparece

como un exceso marginal, como un fallo o disfunción, es en realidad la verdad estructural del sistema, para comprender este aspecto conviene hacer un breve recorrido.

El síntoma en el psicoanálisis: Para Freud, el síntoma no es arbitrario, sino que corresponde a una causalidad psíquica en donde el síntoma condensa una verdad reprimida. Para Lacan el síntoma es una respuesta estructural a la inconsistencia del Otro (el orden simbólico), un modo de goce que revela la falla constitutiva del sujeto, cabe decir que es siempre simultáneo y recíproco que la falta constitutiva del sujeto es correlativa a la inconsistencia del Otro, el Otro a final de cuentas es un campo simbólico que sutura la realidad socio-simbólica que para Žižek es exactamente la definición de ideología.

En *El capital*, Marx muestra que el fetichismo de la mercancía funciona como un síntoma: un fenómeno en apariencia secundario (el valor que se “adhiere” a las mercancías) que, en realidad, condensa la verdad del modo de producción capitalista. Lo aparentemente “natural” del intercambio encubre la explotación y las relaciones sociales de producción. El síntoma aquí es lo que parece detalle ideológico (el valor, la equivalencia) es donde se revela la estructura.

Žižek: Marx como precursor de Freud, cuando entonces tenemos en cuenta estos factores de la lectura peculiar que da Žižek, es porque Marx logró plasmar la lógica del síntoma, ya que en ella misma se encuentra cómo el sistema se sostiene debido a su contradicción interna: el capitalismo necesita del fetichismo para ocultar el antagonismo de la clase que lo funda. En este sentido y al igual que Lacan, este síntoma a diferencia de Freud, y más apegado a Marx no es algo que oculta, sino que organiza la realidad en relación con el síntoma y lo hace por medio de lo que Lacan denominó “significante amo”, es decir un significante necesario para el sujeto supuesto saber de dar una estructura y organización a un cúmulo de significantes flotantes, formando así discursos ideológicos.

Partiendo de estos elementos clave de la lectura zizekiana cabe mencionar también el entorno parisino también le abrió un horizonte de interlocutores: Derrida, Foucault, y un Alain Badiou con quien compartiría el interés por la noción de acto. En *Philosophy in the Present*, Badiou y Žižek discuten la categoría de “antifilosofía”: para Badiou, como crítica de la filosofía desde el acontecimiento; para Žižek, como provocación para subrayar que el psicoanálisis no es filosofía

académica, aunque pueda operar como filosofía en su función crítica (Badiou y Žižek 2010, 18–21).

La publicación de *Le plus sublime des hystériques* (1988) y *The Sublime Object of Ideology* (Žižek 1989) marcó el inicio de un estilo que combinaba el rigor lacaniano con la lectura de Hegel, el marxismo, el cine y la cultura popular. No se trataba de aplicar categorías clínicas a fenómenos sociales, sino de mostrar cómo el psicoanálisis podía convertirse en filosofía crítica.

Su figura condensa y desborda a la vez el horizonte del grupo. Intelectual inclasificable, Žižek combina un conocimiento enciclopédico con una compulsión al desvío, un rigor filosófico con una política del exceso. Este estilo —tan parodiado como temido— no es una estrategia de marketing: es la forma en que su pensamiento habita la inconsistencia, como gesto hegeliano llevado a su lectura materialista, en donde al interior del concepto se produce su propia ruptura (Žižek 2012, 243).

Por ello su lectura de Hegel es atravesada por la lógica lacaniana del sujeto como falta; su interpretación de Lacan está contaminada por el pathos político del marxismo; su teoría del goce es también una crítica del liberalismo multicultural (Žižek 1999, 89). En lugar de articular un sistema, Žižek propone una constelación en permanente inestabilidad.

Desde esta perspectiva, la obra de Žižek no debe leerse como sistema ni como doctrina, sino como intervención. No busca estabilizar sentidos, sino desestabilizarlos. No construye un edificio, sino que señala las grietas. No representa al sujeto: lo hiere (Parker 2004, 94).

El próximo capítulo abordará precisamente esto: cómo en la obra de Žižek se articula una ontología de la negatividad y una epistemología de la fractura, inseparables del estatuto del sujeto como desubjetivación. Allí donde la filosofía tradicional buscaba el fundamento, Žižek instala el corte. Allí donde la psicología busca la identidad, Žižek devuelve el trauma.

CAPÍTULO 2. ONTOLOGÍA Y EPISTEMOLOGÍA DEL SUJETO EN ŽIŽEK

2.1 Ontología de la negatividad e incompletitud

Este segmento de la tesis se propone partir de la suscripción al argumento de que en realidad existe una ontología zizekiana que es a su vez una relectura de la “negatividad” hegeliana a los ojos del psicoanálisis lacaniano.

Slavoj Žižek afirma:

“Para empezar, sí propongo una suerte de ‘ontología’: mi obra no es solo una reflexión deconstructiva de las incoherencias de otras filosofías, sino que también esboza una determinada ‘estructura de la realidad’. O, por expresarlo en términos kantianos brutalmente simplificados, el horizonte último de mi obra no es la narrativa múltiple de los fracasos cognitivos en el contexto de lo Real inaccesible. El paso ‘más allá de lo trascendente’ se esboza en la primera parte de mi libro *Contragolpe absoluto*, donde despliego en detalle el paso dialéctico básico, el de la inversión del obstáculo epistemológico hasta transformarse en la imposibilidad ontológica que caracteriza la Cosa en sí: el mismísimo fracaso de mi esfuerzo a la hora de comprender la Cosa debe (re)concebirse como un rasgo de la Cosa, como una imposibilidad inscrita en la mismísima esencia de lo Real” (Žižek 2007, 11).

En filosofía, “negatividad” no se refiere simplemente a lo opuesto de lo positivo, sino a un principio ontológico activo que tiene profundos efectos en la realidad. Esto es claramente retomado por Žižek considerando también la afirmación lacaniana: “La verdad tiene estructura de ficción” (Lacan 1966, 838). Un elemento de la realidad socio-simbólica, materialmente inexistente, puede tener efectos aún más fácticos que otros elementos materialmente existentes.

En Hegel, la negatividad es la fuerza que impide que el ser se cierre sobre sí mismo: toda identidad está atravesada por su propia no-identidad. Es decir, lo real no es una sustancia plena, sino un proceso de auto-desgarramiento, en constante estado dialéctico.

Ontología negativa: en lugar de una ontología de lo positivo (donde el ser es plenitud), la ontología negativa afirma que el ser es su propia falta de ser, un devenir que no logra coincidir consigo mismo. De la misma manera, todo “Yo” psicológico que “es”, en realidad solo consigue

cualquier adjetivación y descripción por mediación del lenguaje y de la alteridad (en el caso del psicoanálisis, el “Otro”, tal como Lacan lo describe en el “estadio del espejo”).

Hegel lo expresa en *La ciencia de la lógica* al hablar de la determinación como negación: *omnis determinatio est negatio* (“toda determinación es negación”) (Hegel 2011, 114).

En términos más cercanos a Lacan y Žižek: lo real no existe como plenitud, sino como un campo agujereado, incompleto, inconsistente, sostenido por la negatividad.

La conciencia no se basta a sí misma: se constituye en y por un proceso de reconocimiento recíproco con la alteridad. En la dialéctica del señor y el siervo (traducido al español como “amo y esclavo” en la obra de Lacan), el momento decisivo no es la auto-afección interior del Yo, sino la mediación del otro, que reconfigura el estatuto ontológico de la conciencia como relación negativa consigo misma a través de la alteridad (Hegel 2011, 145–55). En este sentido, la conciencia se descubre como no idéntica: su verdad no es una identidad sustancial previa, sino el resultado de una trayectoria de negaciones, trabajo y mediaciones simbólicas.

Esto es lo que Žižek llamará más tarde una “ontología de la inconsistencia”: la inconsistencia no es un accidente, sino la condición constitutiva del ser. A lo largo de su obra se encuentran las expresiones “ontología de la negatividad”, “ontología de la incompletitud” y “ontología de la inconsistencia”. Que Žižek no esclarezca sus diferencias responde a que estos conceptos son, a su vez, distintos efectos ontológicos de la propia negatividad.

La “incompletitud” es un concepto repensado por Lacan desde el teorema homónimo de Gödel (1931), que afirma que todo sistema formal suficientemente complejo contiene proposiciones o axiomas que no pueden ser verificados únicamente en relación con el sistema. Esta incompletitud puede entenderse, desde Lacan y Žižek, como efecto de la ontología de la negatividad sobre el “yo”. El yo es siempre incompleto, no es “esencia” en el sentido filosófico, en tanto no pueden enunciarse verdades fundamentales y completas del *moi* lacaniano. Ningún sistema simbólico (lenguaje, discurso del Otro, ciencia) logra cerrarse sobre sí mismo; siempre queda un resto que escapa. Este aspecto real excede los registros de lo Imaginario y lo Simbólico, generando efectos sobre el saber de sí. En este sentido, la ontología de la incompletitud conduce

inevitablemente a un saber incompleto. Incompletitud = no-totalidad: siempre falta algo, un resto imposible de integrar. Esto es precisamente el fundamento de la lógica del “no-todo” en Lacan (Lacan 1973, 100).

Por otro lado, la “inconsistencia” ontológica, tomada por Lacan de la lógica, designa no solo que todo sistema es incompleto, sino que puede generar sus propias autocontradicciones. Este término pone énfasis en la contradicción interna de todo sistema. Lo veremos en la operación zizekiana de anteponer la Universalidad ante lo Particular: en toda Universalidad se encuentra una particularidad que rompe la consistencia. Pero aquí la síntesis no resuelve el choque, sino que mantiene la contradicción como condición del movimiento dialéctico (Žižek 1989, 33).

Hablar de ontología en Žižek exige comenzar por una paradoja: aquello que se presenta como fundamento último es, al mismo tiempo, inconsistencia estructural. En la tradición filosófica, la ontología fue pensada como búsqueda del ser en cuanto ser, como ciencia de lo estable y permanente. En Žižek, por el contrario, el ser se define por la falla, la imposibilidad, la negatividad que lo atraviesa. Lo real no es lo que está ahí, positivo y pleno, sino lo que insiste como resto excluido del lenguaje, impidiendo así toda clausura del sentido (Žižek 1989, 21).

Esta concepción se sostiene en una doble lectura: por un lado, el legado hegeliano, que piensa la contradicción como motor del concepto; por otro, la torsión lacaniana, que introduce lo real como aquello que resiste a toda simbolización. Žižek enlaza ambos hilos mostrando que la dialéctica no es camino hacia una síntesis reconciliada, sino insistencia de la negatividad, la no-coincidencia del ser consigo mismo (Hegel 2011; Lacan 1966).

Žižek enfatiza que la dialéctica no supera contradicciones hacia una totalidad reconciliada, sino que las mantiene abiertas: “el verdadero movimiento dialéctico no reconcilia, sino que introduce la no-coincidencia en el seno de la identidad” (Žižek 1989, 33). La realidad no es un todo cerrado, sino un campo estructurado por su propio exceso, por aquello que no puede integrarse sin resto.

La Escuela Eslovena, particularmente en Alenka Zupančič, insistió en este punto: “En Lacan, la materia misma está agujereada, estructurada como vacío” (Zupančič 2008, 53). Esta

noción implica que el ser no puede entenderse como sustancia, sino como estructura atravesada por lo que falta. El realismo de Žižek no consiste en afirmar la objetividad del mundo externo, sino en sostener que el mundo está constituido por una falla ontológica interna, un vacío que ninguna operación simbólica puede suturar.

De ahí que su materialismo sea, en palabras de Žižek, un “materialismo de lo menos” (Žižek 2012, 243). Lo Real se manifiesta como trauma, como acontecimiento que interrumpe la cadena de significantes, revelando que la totalidad nunca es total, que siempre queda un resto sin simbolizar.

La noción de incompletitud juega aquí un papel decisivo. Inspirado en la lógica formal (el teorema de Gödel) y en la lectura lacaniana del significante, Žižek sostiene que todo sistema simbólico está marcado por su imposibilidad de cerrarse sobre sí mismo. El lenguaje nunca logra representar lo real en su plenitud; es en el punto de su fracaso donde se manifiesta lo real como tal. La incompletitud no es una limitación contingente del saber, sino su condición estructural: el saber existe solo porque no puede fundarse plenamente (Žižek 1999, 61).

Este es también el terreno donde Zupančič introduce su crítica al nominalismo. El nominalismo entiende los universales como meros nombres que agrupan individuos. Contra esto, Zupančič insiste en que lo universal no se limita a un agregado de particulares, sino que emerge precisamente en el fracaso de lo particular, en la no-coincidencia que revela la imposibilidad de suturar la serie empírica (Zupančič 2003, 17–19).

En conclusión, la ontología zizekiana afirma que el ser mismo se define por negatividad, incompletitud e inconsistencia. La realidad no es totalidad reconciliada, sino campo atravesado por la imposibilidad de cerrarse. De ello se deriva una concepción del sujeto no como sustancia estable, sino como fractura encarnada: lugar donde el saber se interrumpe, nombre de una falta, vacío que paradójicamente sostiene la posibilidad de subjetividad (Žižek 2006, 171).

2.2. El sujeto escindido

La teoría del sujeto en Žižek parte de una premisa fundamental: el sujeto no es una sustancia plena ni una identidad coherente, sino un efecto de la división interna del orden simbólico. No hay

sujeto sin escisión, y esta escisión no se presenta como una limitación contingente, sino como la condición estructural de su existencia.

Renata Salecl lo sintetiza de manera lúcida: “el hecho de que hoy el sujeto supuestamente tiene todas las posibilidades de ser una ‘obra de arte’ no lo lleva a emanciparse de los constreñimientos sociales. Aunque el sujeto haya dejado de creer en la vieja autoridad que regulaba su vida, él sigue buscando puntos de identificación e inventando nuevas reglas para ordenar la horrible naturaleza de esta libertad recién adquirida de ser nada más y nada menos que ‘uno mismo’” (Salecl 1994, 18). La paradoja de la libertad contemporánea consiste en que, al multiplicar las elecciones y las identidades posibles, no se disuelve la escisión subjetiva, sino que se exagera la compulsión de identificarse.

El lugar donde Žižek sitúa la cuestión del sujeto no es únicamente el psicoanálisis lacaniano, sino también la filosofía del lenguaje. En *The Sublime Object of Ideology*, Žižek retoma el debate entre descriptivistas (como John Searle) y antidescriptivistas (como Saul Kripke, Hilary Putnam o Keith Donnellan). Para Searle, el nombre propio tiene sentido en la medida en que está ligado a una serie de descripciones que identifican a su referente. El nombre “Aristóteles”, por ejemplo, remitiría a “el maestro de Alejandro Magno”, “el discípulo de Platón”, etc. En esta postura, el nombre no es más que un atajo para un conjunto de propiedades descriptivas.

Kripke, en cambio, defiende que los nombres propios son designadores rígidos: no dependen de descripciones contingentes, sino que fijan a su referente de manera directa en todos los mundos posibles (Kripke 1980, 48–49). De ahí que podamos decir que “Aristóteles podría no haber sido el maestro de Alejandro”, y, sin embargo, seguiría siendo Aristóteles.

Žižek se sitúa del lado de esta última postura, pero radicalizándola desde Lacan. Si el nombre propio no depende de propiedades descriptivas, es porque su función no es “capturar” la esencia del objeto, sino operar como punto de sutura (*point de capiton*): un significante que detiene el deslizamiento de la cadena y produce la ilusión de identidad allí donde no hay más que fragmentación (Žižek 1989, 33). La metáfora de la sutura alude a un “hilo” visible en la superficie, mientras otro sujeta en el interior, esta metáfora sirve para evidenciar que el hilo que sujeta la textura (carne, tela, etc...) es la sutura ideológica, la superficie es meramente la ignorancia de su

reverso, es decir, no somos conscientes realmente del hilo que sutura ideológicamente. Este término originalmente *capitonnage* o punto de acolchonado lo referiré meramente como “sutura” para fines prácticos, comprendiendo que es considerado la operación fundamental ideológica.

Para el caso que compete, esta sutura realizada al describir las propiedades del Yo es lo que intenta denostar Slavoj, de este modo, muestra que el sujeto no es reducible a las propiedades descriptivas de un yo empírico ni a las narrativas identitarias que lo rodean. El sujeto emerge precisamente en la “brecha de paralaje” entre nombre y cosa, como un resto imposible de simbolizar.

Esta lectura se enlaza con la tesis lacaniana según la cual “el sujeto es hablado por el lenguaje” (Lacan 1966, 495). La primacía no recae en el significado, sino en el significante: el sujeto se constituye a partir de la lógica de la cadena significante, donde cada término se define retroactivamente en su relación con otros.

Aquí la Escuela Eslovena, particularmente Žižek y Alenka Zupančič, insiste en la dimensión antidescriptivista: el significante subsiste incluso si se eliminan las propiedades del objeto. La identidad no es cuestión de esencia ni de descripción, sino efecto retroactivo de una operación significativa.

Lacan traduce este motivo hegeliano en términos psicoanalíticos. En el estadio del espejo, el *infans* obtiene una imagen unificada de sí —el *moi*— solo a través de una figura externa (especular o del Otro), que le devuelve una forma de totalidad (Lacan 2008, 93). Pero esa unidad es imaginaria: una *Gestalt* que oculta la descoordinación pulsional. De ahí la distinción crucial:

- *moi* (yo): instancia imaginaria de identidad, soporte de identificaciones, narcisismo y rivalidad.
- *je* (sujeto): instancia del enunciador marcada por la falta y por la división (\$), efecto del significante del Otro (Lacan 2008, 495; Lacan 1987, 19).

El *je* emerge cuando el sujeto queda atravesado por el significante, es decir, cuando su “identidad” se ve agujereada/atradesada por la entrada en el orden simbólico, si sólo se puede acudir a metaforizaciones, es precisamente por esta singular característica del lenguaje. Por eso

Sujeto y la instancia del “Yo” no son equivalentes: el primero implica la *hiance* constitutiva, es decir una angustia fundamental y existencial de la condición humana que como efecto estructura los significantes sobre un cierto orden lógico que no es el yoico, existe siempre una relación frustrada con el lenguaje y lo que es nombrado por el mismo, nunca hay una relación de reciprocidad absoluta entre el lenguaje y lo presuntamente esencial de un objeto, experiencia u alteridad, el segundo es una ficción estabilizadora que sutura la realidad socio-simbólica (el proceso ideológico por antonomasia).

Esto explica por qué el “Yo” que se nombra a sí mismo es, ya de entrada, una ficción ideológica. El enunciado “Yo soy” presupone una identidad estable, pero en realidad lo que se articula es la inscripción de un significante en la cadena. El sujeto del inconsciente, el *je* lacaniano, no coincide con el yo imaginario, el *moi*, que se sostiene en una ilusión de unidad.

El “estadio del espejo”, tal como lo formuló Lacan a partir de Wallon y de la lectura hegeliana de Kojève, es un ejemplo paradigmático de esta lógica. La identificación con la imagen especular da al niño la ilusión de una totalidad unificada, cuando en realidad se trata de una alienación: reconocerse en una imagen externa que promete coherencia, pero que a la vez funda la división del sujeto (Lacan 1949, 87; Roudinesco 2016, 122).

El sujeto está así estructurado por una falta, que se materializa en el concepto lacaniano de objeto *a*. Este no es el objeto empírico del deseo, sino su causa estructural, aquello que nunca coincide con lo que se persigue. Žižek insiste en que este resto imposible es lo que sostiene el movimiento del deseo, precisamente porque la falta nunca puede ser colmada.

Žižek vincula esta lógica con la teoría de la ideología. A diferencia de Marx, para quien la ideología podía ser desenmascarada como falsa conciencia, en Althusser la ideología opera como un mecanismo estructural de interpelación. El sujeto se constituye siempre en un falso reconocimiento, en el gesto de asumirse como libre en el mismo acto en que es atrapado por la estructura (Althusser 1970, 174).

Žižek radicaliza esta tesis al sostener que la ideología fracasa en suturar plenamente al sujeto: siempre queda un resto no integrado, un excedente que impide la clausura total. Este resto

es, precisamente, el lugar del sujeto. Por ello, Žižek afirma que el conocimiento absoluto en Hegel no significa plenitud, sino saber de la incompletitud, reconocimiento de que la contradicción es inherente al ser mismo (Žižek 1999, 149; Hegel 2010, 93).

En términos lacanianos, se trata de la lógica del no-todo: ningún sistema simbólico logra cerrarse sobre sí mismo, porque siempre tropieza con un punto imposible, lo real. Como lo formula Žižek en *Less than Nothing*: “el ser mismo es inconsistente, no se sostiene sobre una sustancia última, sino sobre la brecha que lo separa de sí” (Žižek 2012, 972).

De todo lo anterior se desprende que el sujeto no es una entidad positiva ni una sustancia que se exprese en el lenguaje, sino la negatividad que emerge allí donde el lenguaje fracasa. Alenka Zupančič lo expresa con claridad: el sujeto no es un individuo, sino la operación que surge en el punto donde lo universal se topa con su imposibilidad (Zupančič 2003, 17–19). Es decir, aquí tenemos justamente que el sujeto nunca puede equipararse al individuo, al “Yo” especular, sino que sujeto ni siquiera es entidad, ni esencia sino que es un efecto estructural sujeto a la primacía del significante, pero que al mismo tiempo la imposibilidad es el de poder nombrarse a sí mismo y debido a la incompletitud del gran Otro, es decir, no hay garantía de Verdad en el orden simbólico, esto no significa la caída en un relativismo, ni tampoco la sugerencia de la universalidad, de lo que tiene de universal es el lugar formal de la Verdad, mientras que en su aspecto contingente el contenido de la verdad cambia históricamente, se reformula, pero es Verdad que ninguna sociedad prescinde del lugar que tiene el puro significado de verdad con independencia de su contenido, en este sentido el “Yo” que se busca por medio de ese nombramiento inevitablemente se topa con una imposibilidad fundamental.

El sujeto dividido es, por tanto, correlato de un saber roto. Su estatuto no es el de una consciencia transparente, sino el de un vacío constitutivo, un resto imposible que se mantiene en la falla misma del orden simbólico. En este sentido el “vacío constitutivo” es referido a la ausencia de la garantía que otorga el lenguaje de que la realidad ya esté plenamente constituida y que sólo se trate de describirla, sino que ontológicamente es lo que permite la multiplicidad de concepciones de esa realidad socio-simbólica, el resto imposible de asimilar se refiere a aquellos aspectos excluidos del plano tanto simbólico como imaginario.

2.3. Subjetividad, identidad y alienación

Pensar la subjetividad desde Žižek exige comenzar por una distinción fundamental: la diferencia entre el sujeto y las formas imaginarias de subjetividad. Mientras el sujeto, en sentido lacaniano, se define como un vacío estructural, un efecto de la división entre lo simbólico y lo real, la subjetividad corresponde a las identificaciones imaginarias que permiten al individuo sostener una imagen de sí. Dicho de otro modo: el sujeto no es una entidad sustancial que “posea” subjetividades, sino la negatividad en torno a la cual se tejen identificaciones múltiples, siempre precarias y alienadas.

En este punto se vuelve necesario recordar el estadio del espejo. Lacan muestra que la asunción de la propia imagen en el espejo —la experiencia jubilosa del *infans* al reconocerse en una totalidad visible— no constituye un simple momento de autoconciencia, sino el origen de la alienación fundamental del yo (Lacan 1949, 87). El niño no reconoce su ser real, sino una forma imaginaria que le da consistencia allí donde solo hay fragmentación motriz y pulsional. De esta manera, el “yo” (*moi*) no es nunca el sujeto, sino un montaje imaginario que oculta la división estructural. Žižek retoma este momento para mostrar que toda identidad es siempre ya ideológica: el yo se reconoce en una imagen que lo estabiliza, pero que a la vez lo separa de su ser dividido.

La dialéctica entre el yo ideal (*Ideal-Ich*) y el ideal del yo (*Ich-Ideal*) refuerza esta escisión. El yo ideal corresponde a la imagen narcisista en la que el sujeto se reconoce como totalidad; el ideal del yo, en cambio, designa la instancia simbólica que regula y orienta al yo desde el Otro. La subjetividad se constituye, entonces, en la tensión entre una imagen imaginaria y una posición simbólica, ambas marcadas por la falta. Para Žižek, esta tensión es inseparable de la lógica de la ideología: el sujeto se identifica con un punto en el campo del Otro que le asegura consistencia, aunque dicha consistencia repose sobre una ficción (Žižek 1989, 95).

Aquí emerge la conexión con Marx. El fetichismo de la mercancía funciona, en Žižek, como el paradigma de la constitución ideológica del yo: así como en el fetichismo se atribuye a los objetos sociales una sustancia que no poseen, en la subjetividad se proyecta una sustancia identitaria donde solo hay vacío estructural. En ambos casos, el efecto de positividad encubre un antagonismo constitutivo (Žižek 1989, 28–32). Por ello, Žižek insiste en que la subjetividad debe

pensarse como alienación primaria, no como una esencia que luego se distorsiona. El sujeto no “cae” en la alienación: surge en ella.

Este punto es decisivo frente a concepciones humanistas del sujeto. La subjetividad, tal como se presenta en discursos psicológicos o filosóficos clásicos, se imagina como unidad sustancial, como portadora de atributos que la definen. Frente a ello, Žižek señala que toda identidad se constituye mediante un punto de sutura (*point de capiton*), en el que un significante amarra provisionalmente el flujo de lo simbólico y produce la ilusión de coherencia (Žižek 1989, 95). Pero ese amarre nunca es definitivo: siempre queda un resto que escapa a la simbolización, un “plus” que desbarata toda clausura. Ese resto es el lugar mismo del sujeto, entendido no como identidad, sino como hiato entre el significante y lo real.

Alenka Zupančič lo expresa con claridad: el sujeto no es un individuo con propiedades estables, sino la encarnación de la imposibilidad de suturar la serie empírica (Zupančič 2003, 17–19). En este sentido, la subjetividad aparece como un efecto secundario, una serie de identificaciones imaginarias que intentan responder a la pregunta “¿quién soy para el Otro?”. Pero esta respuesta nunca puede coincidir consigo misma: el sujeto es la brecha entre la identificación y su imposibilidad, entre el nombre y lo innombrable.

Es aquí donde entra en juego el concepto de alienación en sentido lacaniano. Para Lacan, el sujeto se constituye en el acto mismo de ceder su ser al significante: es en el momento en que “soy hablado” que dejo de coincidir conmigo mismo (Lacan 1966, 495). Žižek radicaliza esta lógica al articularla con la dialéctica hegeliana: la negatividad no es solo un accidente en la historia de las identidades, sino la condición estructural de toda subjetividad. Así como en Hegel el espíritu se reconoce a través de su propia escisión, en Lacan el sujeto solo existe como efecto de la pérdida (Hegel 2011, 145–55).

El sujeto es, entonces, división y alienación constitutiva. La subjetividad —las imágenes del yo, las identificaciones ideológicas, los ideales— son intentos de suturar esa división, pero solo logran mostrar su fracaso. En términos estrictos, no existe una “identidad plena” ni un “yo verdadero” detrás de las máscaras: lo que hay es el vacío estructural que se encarna en cada identificación fallida.

De este modo, la teoría zizekiana de la subjetividad nos obliga a repensar la relación entre ontología y epistemología. Si en el plano ontológico la realidad está marcada por la negatividad y la incompletitud, en el plano subjetivo esto se traduce en una subjetividad que nunca se posee a sí misma, que solo existe en tanto se aliena en significantes, imágenes e ideales que no puede habitar plenamente. El sujeto no es identidad, sino hiato: no es sustancia, sino negatividad operativa (Žižek 1999, 149).

En suma, el análisis de Žižek permite articular tres tesis fundamentales:

1. El sujeto es división, no sustancia.
2. La subjetividad corresponde a identificaciones imaginarias que intentan suturar esa división.
3. La alienación no es una desviación secundaria, sino la condición estructural de toda subjetividad.

Así, la noción de subjetividad en Žižek revela su carácter esencialmente ideológico: toda identidad se funda en un exceso, en un resto no simbolizable que la desestabiliza. Allí donde la tradición filosófica buscaba una esencia, Žižek muestra que lo único estable es la inestabilidad misma.

2.4 La psicología oficial ante el sujeto

La crítica zizekiana de la subjetividad prepara el terreno para confrontar las concepciones dominantes en la psicología contemporánea, particularmente aquellas inscritas en el paradigma “basado en evidencia”. En este enfoque, la subjetividad tiende a ser reducida al “Yo” (*self*) como entidad sustancial, relativamente estable, que puede describirse mediante rasgos, variables y constructos. Este presupuesto arrastra consecuencias epistémicas y metodológicas: la alienación ontológica es omitida y el sujeto aparece como objeto operacionalizable.

Desde esta perspectiva, la subjetividad se entiende como lo que el individuo reporta de sí mismo en test, cuestionarios y escalas. Al concebirla como “contenido consciente”, se confunde con la autoimagen, invisibilizando su estructura dividida (cf. Lacan 1966, 493–503).

El objetivo clínico se ajusta a este marco: fortalecer la coherencia del Yo, incrementar la autoestima, integrar la identidad y fomentar la adaptación al medio. No es casual que este horizonte sea compatible con la definición de salud propuesta por la OMS: “La salud es un estado de completo bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades” (OMS 1946). Esta noción universaliza la experiencia de bienestar, desligándola de la cultura y del lenguaje, y situándola en el mismo plano ontológico que las funciones fisiológicas.

El problema, desde la lectura de Žižek, es que se produce un “Yo” desubjetivizado, reducido a una unidad administrativa. Las “evidencias” cuantitativas se toman como fundamentos neutrales, pero operan tautológicamente: las muestras estadísticas estandarizadas se convierten en trasfondo comparativo de la excepción, encubriendo lo real de la división subjetiva (Žižek 1999, 150–156).

En conclusión, la psicología oficial tiende a confundir subjetividad con identidad consciente, dejando intacta la alienación estructural. La crítica zizekiana permite mostrar que lo que aparece como “coherencia” es, en realidad, el borramiento de la falla constitutiva del sujeto. Este desenmascaramiento enlaza directamente con la crítica epistemológica y metodológica que se abordará en el capítulo siguiente.

En conclusión, la subjetividad, lejos de constituir una esencia plena, se articula como un conjunto de identificaciones precarias, siempre marcadas por la alienación. La identidad no es sino la ficción necesaria que vela la inconsistencia constitutiva del sujeto. Y la alienación no es un accidente superable, sino el punto de partida: el sujeto surge de esa pérdida originaria que lo hace siempre incompleto. Žižek, siguiendo a Lacan, nos obliga así a pensar que subjetividad, identidad y alienación no son tres instancias distintas, sino tres nombres de la misma paradoja estructural: el sujeto existe en la medida en que falla.

2.5. El síntoma ideológico como nudo estructural

El concepto de síntoma ocupa un lugar central en la articulación lacaniana del sujeto, y Žižek lo convierte en un punto de cruce decisivo entre la ontología, la epistemología y la crítica ideológica. En Lacan, el síntoma no es un simple “mal funcionamiento” del aparato psíquico, sino

una formación estructural que expresa el lugar donde el goce se incrusta en el lenguaje. El síntoma es aquello que persiste como resto, como retorno de lo reprimido, recordando que no hay armonía posible entre lo simbólico y lo real (Lacan 2006, 566).

Para Žižek, esta definición lacaniana se radicaliza en dos direcciones. En primer lugar, el síntoma revela el fracaso constitutivo del saber: no es una desviación que pueda ser corregida, sino la huella misma de que todo sistema simbólico se sostiene en una inconsistencia. El saber nunca es pleno; está siempre atravesado por un punto de imposibilidad que el síntoma encarna. En este sentido, el síntoma no es exterior al saber, sino su condición interna: allí donde el discurso parece cerrarse, el síntoma aparece como recordatorio de su falla estructural (Žižek 1989, 73).

En segundo lugar, Žižek muestra que esta imposibilidad está intrínsecamente ligada a la ideología. El síntoma no es sólo una formación psíquica individual, sino el lugar en que el sujeto se engancha con la inconsistencia del orden simbólico que lo estructura. Como señala Alenka Zupančič, el síntoma funciona como el “significante del fracaso” que revela que el Otro —el campo del lenguaje y la ideología— nunca es completo (Zupančič 2000, 14). En otras palabras, el síntoma es político en la medida en que testimonia que toda ideología se sostiene en un resto no simbolizable que impide su cierre total.

Este nudo entre saber e ideología se articula en su dimensión de “gocce”. El síntoma es, en última instancia, la manera en que el goce se inscribe en el sujeto, un goce que nunca es reducible a un sentido y que, sin embargo, organiza la vida social, es decir, en Lacan el goce implica la experiencia paradójica de un placer doloroso por su excedente o bien por un dolor que tiene algo de placentero, mientras el síntoma aparece como una verdad condensada el goce no es reducible al sentido, mientras que del síntoma se puede articular su lógica. El goce no es un exceso puramente privado; es el operador que vincula al sujeto con los significantes amo de su época. Žižek insiste en que lo que sostiene una ideología no es su coherencia racional, sino el goce que vehicula: es porque “funciona” libidinalmente que puede sobrevivir a sus contradicciones lógicas (Žižek 1994, 12). Es decir, el “gocce” identitario, del “Yo” que luchando contra una causa injusta podría perder su sentido si no hubiera esa otra dimensión que pudiera darle consistencia a su realidad social. La función del síntoma puede comprenderse entonces como un nudo estructural:

En el nivel ontológico, manifiesta que el ser mismo está atravesado por una falla, por una negatividad irreductible; mientras que la psicología en general toma al Yo como categoría positiva plenamente constituido.

En el nivel epistémico, muestra que todo saber se constituye desde la incompletitud y el fracaso de su clausura; por otro lado, la comunicación de los otros aparece como imposible en su totalidad, mientras que en la psicología la información comunicada por un “Yo” es tomada como parte de un mensaje exitosamente transmitido.

En el nivel ideológico, hace visible que ningún discurso social logra suturar el antagonismo, y que lo que lo sostiene es siempre un plus de goce, mientras que por parte de la psicología pone en evidencia la falta de estándares reales de cientificidad y por el contrario la historia misma es la evidencia de una serie de intereses de conflicto que se mostrará más adelante.

Por ello, el síntoma no puede ser concebido como un accidente ni como una anomalía. Es más bien el operador que asegura la consistencia misma del sujeto en su relación con el saber y con la ideología. El sujeto se constituye en la medida en que “habita” su síntoma, que lo mantiene ligado al Otro y, al mismo tiempo, le recuerda la imposibilidad de coincidir con él plenamente. En palabras de Žižek: “el síntoma es el modo en que el sujeto sostiene su relación con la verdad, no un error a ser eliminado, sino la verdad en su forma distorsionada” (Žižek 2006, 175).

De esta manera, el síntoma aparece como el punto en que se anudan los tres registros que vertebran la teoría de Žižek: saber, ideología y goce. Es, simultáneamente, el índice de una falta ontológica, la manifestación de un límite epistémico y el operador político que impide la clausura de la ideología. Tal como lo señala Renata Salecl, incluso en las sociedades contemporáneas en las que el sujeto parece liberado para reinventarse a sí mismo, lo que retorna como síntoma es precisamente la imposibilidad de esa reinvención absoluta: “aunque el sujeto haya dejado de creer en la vieja autoridad que regulaba su vida, sigue buscando puntos de identificación e inventando nuevas reglas para ordenar la horrible naturaleza de esta libertad recién adquirida de ser nada más y nada menos que ‘uno mismo’” (Salecl 1994, 12).

Con esto, Žižek logra desplazar el síntoma de un plano clínico-individual a un nivel

estructural. El síntoma no sólo afecta al individuo; es la marca misma de que la sociedad se sostiene en la falla, en la imposibilidad de reconciliar saber, ideología y goce en un todo coherente. Así, el síntoma prepara el terreno para la crítica de los discursos contemporáneos —como la psicología positivista basada en evidencia— en la medida en que permite mostrar cómo incluso los saberes que se proclaman objetivos se sostienen en un resto ideológico y en un goce que no pueden reconocer.

CAPÍTULO 3. CRÍTICA AL POSITIVISMO DE LA PSICOLOGÍA “BASADA EN EVIDENCIA

3.1 Fundamentos de la psicología oficial: historia y evidencia

Para contrastar el enfoque lacaniano–zizekiano del sujeto con la psicología oficial, conviene situar históricamente el modo en que esta última consolidó su ontología implícita y sus criterios de cientificidad. La American Psychological Association (APA), fundada en 1892 por G. Stanley Hall, operó como matriz institucional de unificar estándares académicos y profesionales, expandiendo un modelo aplicado y pragmático que acomodaba la psicología a las necesidades de la sociedad industrial estadounidense (Benjamin 2007, 12–20). De este movimiento provino también un cierto borramiento del sujeto dividido en beneficio de un Yo operable —un “self” medible—, decisión tanto ontológico-epistémica como ideológica.

Žižek denuncia que la psicología contemporánea, en su modalidad “basada en evidencia”, fetichiza el dato empírico, como si la cuantificación misma tuviera un valor de verdad independiente del marco simbólico que la constituye:

“El fetichismo de la evidencia no es otra cosa que la forma contemporánea de negar la falta constitutiva del saber: el dato empírico ocupa el lugar de lo imposible de simbolizar.” (Žižek 2004, 45)

La autocomprensión de la disciplina como “basada en evidencia” se formaliza en la definición de la APA: “proceso de toma de decisiones clínicas que integra la mejor evidencia de investigación disponible con la experiencia profesional y las características, cultura y preferencias del paciente” (American Psychological Association 2006, 273). Esta fórmula, en apariencia irreprochable, encierra una presuposición ontológica: existe un entorno objetivo, externo al lenguaje y a la mediación simbólica, que puede capturarse en diagnósticos y traducirse a protocolos estandarizados.

El desarrollo de la psicometría (tests de inteligencia, escalas de personalidad, pruebas de memoria) consolidó la alianza con la estadística, desplazando lo no-medible al margen de lo “científico” (Routh 1994, 146). En paralelo, la psicología clínica estadounidense se articuló con la

psiquiatría (segunda posguerra, VA), y con la ingeniería social ligada al Estado: desde los Army Alpha/Beta en la Primera Guerra Mundial (Carson 1993, 285–290) hasta baterías de aptitud y protocolos de estrés en la Segunda (Herman 1995, 238). El resultado fue una psicología regulada por acreditaciones, licencias y estándares (APA, NIMH), que privilegia metodologías cuantitativas, replicabilidad y control de variables como criterios de cientificidad (Rosenzweig, Holtzman y Gardner 2000, 25).

En los noventa, el giro a la Evidence-Based Practice importado de la medicina fijó jerarquías de validez: solo las intervenciones respaldadas por estudios controlados y replicables serían eficaces (Parker 2011). La “evidencia” devino “significante amo” que legitima o deslegitima prácticas. En clave zizekiana, el fetiche no es un mero error, sino una “sutura” de una inconsistencia constitutiva (Žižek 1989, 34–37): la “evidencia” encubre que no hay fundamento estable del campo, sino clasificaciones contingentes que estabilizan provisionalmente el sentido.

Este marco se difundió transnacionalmente: los estándares APA y los criterios DSM se volvieron de facto referencias metodológicas globales, con tensiones locales (Ponterotto et al. 2017, 65; Marsella y White 2006, 289). No es toda la psicología, pero sí la que logra hegemonía editorial, académica y clínica.

Expansión académica y profesionalización: En estos años, la American Psychological Association (APA) creció en número de miembros y en influencia política. Su agenda priorizó la investigación con respaldo estadístico y replicabilidad, bajo el paraguas del movimiento *evidence-based practice*, que empezaba a formalizarse a nivel clínico.

Psicometría y evaluación estandarizada: Las pruebas psicométricas se mantuvieron como núcleo de la práctica psicológica aplicada, especialmente en contextos educativos y clínicos, consolidando la *Wechsler Adult Intelligence Scale* (WAIS-III) y pruebas de personalidad como el MMPI-2 (Minnesota Multiphasic Personality Inventory, revisado en 1989).

Desplazamiento de corrientes no cuantitativas: Modelos como la terapia humanista, la terapia gestáltica o el psicoanálisis fueron desplazados del mainstream académico, etiquetados como “no basados en evidencia” o “difícilmente medibles” (Routh 1994, 146).

La noción de “oficial” en este contexto no es una categoría epistemológica neutral: designa un campo regulado por acreditaciones, licencias y estándares técnicos, bajo la autoridad de organismos como la APA y, en menor medida, el National Institute of Mental Health (NIMH). Estos organismos no sólo definen criterios de formación y ejercicio, sino que también influyen directamente en la producción de conocimiento validado como “científico” (Rosenzweig, Holtzman y Gardner 2000, 25).

Desde mediados del siglo XX, la psicología clínica en EE.UU. creció en estrecha relación con la psiquiatría, particularmente en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y la posguerra. La demanda masiva de atención a veteranos con “neurosis de guerra” o *shell shock* impulsó programas de entrenamiento rápido para psicólogos clínicos, bajo supervisión psiquiátrica (Capshe 1999, 152–165).

Este vínculo institucional se fortaleció con la creación de sistemas hospitalarios como el Veterans Administration (VA), donde los psicólogos trabajaban junto a psiquiatras en la evaluación y tratamiento de pacientes. La psiquiatría proporcionaba el marco médico y el diagnóstico (apoyado en manuales como el DSM), mientras que la psicología ofrecía las herramientas de evaluación y la intervención psicoterapéutica.

Un elemento decisivo en la legitimación de la psicología como disciplina “científica” fue su participación en la psicometría aplicada a la selección y evaluación de soldados. Durante la Primera Guerra Mundial, Robert Yerkes y su equipo desarrollaron los *Army Alpha* y *Army Beta Tests*, pruebas estandarizadas de inteligencia que permitían clasificar reclutas en función de sus habilidades cognitivas y lingüísticas (Carson 1993, 285–290).

Este uso militar de la medición psicológica tuvo un doble efecto:

1. Mostró a la psicología como herramienta estratégica para el Estado.
2. Consolidó la psicometría como subcampo central, aplicable no sólo en contextos bélicos sino también educativos, clínicos y laborales.

Durante la Segunda Guerra Mundial, esta tradición se reforzó con pruebas de aptitud, evaluación de personalidad y estudios de estrés postraumático, sentando las bases para una psicología estrechamente ligada a la ingeniería social y al control poblacional (Herman 1995, 238).

El DSM se convierte aquí en un engranaje central. Al proveer categorías diagnósticas estandarizadas, permite que la investigación psicológica se articule con la producción de evidencia cuantificable. Pero, como indica Žižek, la operación es circular: se establecen categorías arbitrarias, y luego se produce evidencia que valida esas mismas categorías, en un movimiento de sutura que da al campo la apariencia de coherencia (Žižek 1999, 154). Así, lo que se presenta como neutralidad científica es en realidad una forma de estabilizar lo que, en su núcleo, es inconsistente.

Podemos decir, entonces, que la evidencia en psicología funciona como punto de sutura: un mecanismo que fija momentáneamente la significación, ocultando la falla estructural del saber. Tal como en la teoría lacaniana, el punto de capitón liga significantes que de otro modo flotarían sin anclaje. La psicopatología oficial —articulada en manuales, protocolos y clasificaciones— es esa sutura que ordena lo que, en última instancia, permanece inasimilable.

Desde esta perspectiva, la crítica de Žižek a la evidencia no es un rechazo al conocimiento empírico en sí mismo, sino a la ideología que la fetichiza. La “evidencia” no resuelve las contradicciones internas del campo: las cubre, las disimula bajo la ilusión de que el saber es completo. Lo que queda en sombra es precisamente aquello que funda al sujeto: la falta, el antagonismo, la imposibilidad de cerrar el campo del saber.

3.2 El DSM como dispositivo de estandarización diagnóstica y fetiche ideológico

El Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM) constituye uno de los pilares más influyentes de la psicología y la psiquiatría contemporáneas. Publicado por la American Psychiatric Association desde 1952, el manual no solo clasifica síntomas, sino que regula la investigación, el financiamiento de tratamientos, la cobertura de seguros y la legitimidad profesional en casi todo el mundo (Lieberman 2015). En este sentido, más que un instrumento técnico, el DSM debe leerse como un dispositivo de poder-saber.

El DSM-I (1952) surgió en el contexto de la posguerra, marcado por la influencia de la psiquiatría militar y del psicoanálisis como marco dominante. Su función era práctica: ofrecer un lenguaje común a médicos y psicólogos que atendían a veteranos. El DSM-II (1968) mantuvo esta impronta psicodinámica, aunque con intentos de mayor sistematización.

Con el DSM-III, bajo la dirección de Robert Spitzer, se produjo un viraje radical: se abandonó la influencia del psicoanálisis y se adoptó un enfoque ateorico y descriptivo. Los trastornos dejaron de explicarse por causas

El recorrido previo mostró cómo la psicología oficial se configuró en torno a una ontología del *self* sustancial y una epistemología cuantitativa sustentada en la noción de “evidencia”. El Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM) aparece aquí como la cristalización más acabada de esta lógica: un texto que no solo clasifica síntomas, sino que ordena el campo entero de la investigación, el financiamiento y la práctica clínica (Lieberman 2015). No es un manual técnico neutro, sino un dispositivo de poder-saber en sentido foucaultiano: regula lo que cuenta como trastorno, legitima qué prácticas son científicas y articula la psicología con intereses institucionales, económicos y políticos.

Los primeros volúmenes reflejaban todavía la influencia del psicoanálisis. El DSM-I (1952) surgió en el contexto de la posguerra, marcado por la psiquiatría militar y la necesidad de ofrecer un lenguaje común para atender a veteranos. El DSM-II (1968) mantuvo esta impronta psicodinámica, pero buscó mayor sistematicidad. El viraje llegó con el DSM-III (1980), bajo Robert Spitzer: se abandonaron las referencias teóricas y se adoptó un enfoque ateorico y descriptivo. Los trastornos pasaron a definirse mediante listas de síntomas observables, con la promesa de confiabilidad y replicabilidad (Lieberman 2015, 74–78). Como señala Horwitz, esta aparente neutralidad supuso un desplazamiento: la naturaleza del sufrimiento psíquico dejó de ser un problema teórico para convertirse en una cuestión de clasificación (Horwitz 2002, 45–68).

Este cambio inauguró lo que Edward Shorter denominó la “revolución diagnóstica”: manuales descriptivos, explícitos y ateoricos sobre etiología (Shorter citado en Horwitz 2002, 52–60). La paradoja fue que, al declararse “neutro”, el DSM se alineó perfectamente con el modelo biomédico, reduciendo la complejidad del malestar a criterios de observación y a correlatos

neuroquímicos. No es casual que el auge de la psicofarmacología —con Prozac (fluoxetina) aprobado en 1987— coincidiera con este giro: la expansión de los ISRS y ansiolíticos convirtió al manual en el engranaje que articulaba diagnóstico y tratamiento (Healy 1997, 211).

La supuesta científicidad del DSM se sostuvo, además, en la circularidad tautológica: primero se definen categorías arbitrarias y luego se producen estudios estadísticos que confirman su validez, en un movimiento de sutura ideológica. Aquí se cumple lo que Žižek había señalado sobre el fetiche: no encubre la realidad, sino la falta de fundamento en el campo mismo (Žižek 1989, 34–37). La “objetividad” diagnóstica no disipa la inconsistencia, la estabiliza provisionalmente para hacerla tratable.

En el DSM-IV (1994) y el DSM-5 (2013), las categorías se ampliaron y redefinieron, en parte por la presión de la industria farmacéutica y los lobbies profesionales (Lieberman 2015, 112–118). Diagnósticos como el TDAH, la depresión o el trastorno bipolar extendieron sus límites, generando mercados terapéuticos más amplios. La “evidencia” pasó a depender de la replicación estadística de esos mismos criterios, en una operación que Žižek leería como “punto de capitón” o *capitonagge*: la sutura, un significante que detiene momentáneamente el deslizamiento, otorgando coherencia a un campo que en su núcleo es inconsistente (Žižek 1999, 154).

Este dispositivo no se limita a Estados Unidos: su influencia se expandió globalmente. Los estándares de la APA y el DSM se convirtieron en referencia metodológica mundial, incluso en contextos con tradiciones locales fuertes. Como señala Ponterotto et al., “APA style and methodological standards have become de facto requirements for publication in most indexed psychology journals worldwide” (2017, 65). En América Latina, universidades y publicaciones adoptaron este marco; en Europa continental se mezcló con tradiciones fenomenológicas; en Asia oriental se integró con adaptaciones culturales (Marsella y White 2006, 289).

Desde una lectura crítica, el DSM no solo describe, sino que produce la realidad clínica que aparenta registrar. Sus categorías diagnósticas no son descubrimientos neutrales, sino actos performativos que instituyen entidades patológicas con existencia social, médica y económica. Lo que se presenta como descripción científica es, en rigor, un acto constitutivo que fija y reproduce la forma misma en que el sufrimiento puede ser dicho y tratado.

En suma, el DSM debe comprenderse no como un instrumento neutro de clasificación, sino como un dispositivo de poder-saber que, bajo la apariencia de objetividad, organiza la práctica clínica, regula la investigación y condiciona la producción de evidencia. Su fuerza radica en esa operación fetichista que Žižek identifica en la ideología: se cree en la neutralidad del manual precisamente para no confrontar la inconsistencia estructural del campo (Žižek 1989, 34–37).

El paso del DSM-I y II, aún influidos por el psicoanálisis, al DSM-III y sus sucesores, coincide con la consolidación de un modelo biomédico en el que la psicopatología se concibe como un conjunto de síntomas observables, susceptibles de correlación con bases neuroquímicas o genéticas. De esta forma, el manual no solo estandariza diagnósticos, sino que prepara el terreno epistemológico y metodológico para la hegemonía de explicaciones reduccionistas: hipótesis neuroaminérgicas de la depresión, reduccionismo genético de los trastornos de conducta, o interpretaciones puramente neurocientíficas del sufrimiento psíquico.

La función del DSM en este marco no es únicamente clasificatoria: es performativa. Al fijar categorías diagnósticas y presentarlas como entidades naturales, legitima los modelos de causalidad que se apoyan en ellas y desplaza toda consideración ontológica del sujeto. El resultado es un círculo cerrado: diagnósticos que producen evidencia, evidencia que refuerza diagnósticos, y una epistemología que, en nombre de la científicidad, se blinda contra su propia crítica.

Este es el punto de inflexión hacia el siguiente apartado. La crítica a las hipótesis biomédicas —aminérgica, genética y neurocientífica— mostrará cómo estas explicaciones, tomadas como fundamentos objetivos, cumplen la misma función ideológica: estabilizar el campo frente a su inconsistencia constitutiva, ofreciendo respuestas que, más que científicas, son suturas imaginarias frente al vacío que constituye al sujeto.

Žižek vincula la expansión global de la psicología clínica y terapéutica con lo que llama el discurso del Amo capitalista, donde el mandato de “sé tú mismo” y “realízate” reproduce una forma de goce disciplinado.

3.3 Crítica epistémica a los modelos explicativos biomédicos como *capitonnages*

El paso hacia el modelo biomédico no fue una consecuencia lineal del progreso científico, sino una estrategia de estabilización epistemológica frente a la inconsistencia constitutiva del campo de la psicopatología. Allí donde el sujeto aparece como exceso imposible de simbolizar — y por tanto como obstáculo para una teoría cerrada—, las explicaciones biomédicas actúan como suturas ideológicas: fórmulas que clausuran el vacío al fijar una causalidad última.

Žižek lo explica con claridad al analizar el estatuto del fetiche: “se cree en el fetiche para no confrontar la inconsistencia del campo” (Žižek 1989, 34–37). Del mismo modo, se cree en la hipótesis bioquímica o genética no porque la evidencia la confirme de manera definitiva, sino porque su función es cubrir la imposibilidad de un fundamento estable. Así, las teorías biomédicas se convierten en narrativas de coherencia que otorgan a la psicología y la psiquiatría un aire de cientificidad “dura”, desplazando la falla constitutiva del sujeto hacia un déficit material corregible.

El resultado es un círculo tautológico: los diagnósticos del DSM producen las condiciones para que se busquen correlatos biológicos, y los hallazgos biomédicos refuerzan a su vez la legitimidad de esos diagnósticos. Lo que se presenta como neutralidad científica es, en realidad, un doble movimiento ideológico: se construye una base empírica que refuerza una clasificación previa, y se clausura la pregunta por la ontología del sujeto.

Tomemos en cuenta esta falsa consideración del enfoque “bio-psico-social” del que se jacta tener la PBE y el discurso oficial de la psicología norteamericana, la mera “consideración” de variable le da instantánea y mágicamente el estatuto de poseer un prefijo como el de “bio-“ a pesar de que en la renuncia misma de la búsqueda activa de las causalidades psicopatológicas no haya ningún psicólogo que pueda explicar mediante el discurso científico de la biología la dinámica causal y mucho menos de la genética más allá de una mera tentativa de correlación, por demás está decir que carecemos de genetistas que puedan enarbolar la relación causal del malestar subjetivo del psiquismo.

Por último, la presunta consideración del factor “social” resulta una mera máscara de un entorno en el que se desarticula completamente de la compatibilidad de un “Yo” autodescriptivo, sin relación de cualquier vía de la constitución de ser un espacio de alteridad que constituye gran

parte de ese “Yo” especular, por lo que no es raro que el modelo base de referencia sea el de la sociedad estadounidense, por ende las causas materiales e históricas están excluidas de inicio por esta “base” presentista del “entorno social”, por ende, cualquier jactancia de una “integración” bio-psico-social no sólo carece del estatuto de científico, sino que no cumple ni siquiera el rigor de una problematización ontológica, únicamente encontramos la explicación a este movimiento estratégico dentro del campo “psy” al funcionar como discurso amo e ideológico.

Primer bloque: crítica a la hipótesis aminérgica

La hipótesis aminérgica de la depresión, consolidada en los años 60 y 70, postuló que los trastornos depresivos se debían a un déficit en neurotransmisores como la serotonina, la dopamina o la noradrenalina. Su atractivo residía en la simplicidad: ofrecía una explicación clara y una línea directa hacia el tratamiento farmacológico (ISRS, IMAOs, tricíclicos). Sin embargo, a pesar de su difusión masiva en manuales, campañas de salud pública e incluso publicidad farmacéutica, la hipótesis carece de confirmación sólida.

Estudios metaanalíticos recientes han cuestionado de manera frontal este paradigma. Joanna Moncrieff y colaboradores (2022) revisaron décadas de investigaciones y concluyeron que no existen pruebas consistentes que relacionen la depresión con niveles bajos de serotonina o con disfunciones aminérgicas directas. De hecho, la persistencia de esta teoría responde más a una necesidad clínica e ideológica que a hallazgos empíricos estables.

Esta conclusión ha generado debate, pero incluso respuestas críticas reconocen que la teoría clásica de la serotonina es, en el mejor de los casos, insuficiente para dar cuenta de la complejidad del cuadro depresivo (Möller, 2023). El consenso emergente es que los efectos de los antidepresivos (cuando ocurren) no demuestran la validez de la hipótesis monoaminérgica como etiología; más bien apuntan a mecanismos inespecíficos y adaptaciones neuroplásticas tardías.

La resistencia parcial o total a estos medicamentos y su efecto retardado sugieren que la disfunción monoaminérgica es más un efecto secundario que la causa primaria del trastorno (Hasler 2010). Se reconoce ahora que la depresión tiene una etiología multifactorial donde las alteraciones en sistemas neuroquímicos, genéticos y psicosociales interactúan de manera compleja.

Críticos como Healy (1997) ya habían mostrado que los antidepresivos no actúan corrigiendo un déficit químico preexistente, sino produciendo modificaciones farmacológicas que a veces mejoran el estado de ánimo, pero cuyo mecanismo no equivale a “normalizar” una carencia. Más aún, la variabilidad de respuesta a los fármacos demuestra que el sufrimiento depresivo no puede reducirse a una sola vía neuroquímica.

La hipótesis aminérgica funciona entonces como un ejemplo paradigmático de sutura explicativa: ofrece una causalidad cerrada que calma la ansiedad del clínico y del paciente, pero que encubre la imposibilidad de explicar de manera total el fenómeno de la depresión. Se trata, en el sentido lacaniano, de un significante amo que organiza el campo, otorgándole un orden que no posee de suyo.

La crisis de la hipótesis aminérgica no debilitó el paradigma biomédico, sino que lo desplazó hacia nuevas formas de sutura explicativa. Ante la falta de evidencia concluyente sobre la relación entre neurotransmisores y depresión, el campo psiquiátrico-psicológico buscó otra fuente de estabilidad: la genética. Así, la promesa de localizar “el gen de la esquizofrenia” o “el gen de la depresión” funcionó como un nuevo horizonte de cientificidad, trasladando la causalidad última del nivel químico al nivel molecular. El problema, sin embargo, persiste: la reducción del sufrimiento psíquico a un determinismo genético opera del mismo modo que la hipótesis aminérgica, como un intento de clausurar la falla constitutiva del sujeto mediante un fundamento naturalizado.

Segundo bloque: Factores genéticos y sociales como discursos sin vínculo causal ni explicativo

Los manuales como el DSM suelen invocar la “carga genética” o los “factores psicosociales” como cofundamentación de los trastornos mentales, sin establecer un verdadero vínculo causal.

En el artículo científico de Muhammad Kamran et.al titulado Major Depressive Disorder: Existing Hypotheses about Pathophysiological Mechanisms and New Genetic Findings. Los

estudios genéticos indican una herencia moderada para la depresión (26–49 %) pero sin identificar genes específicos, lo que hace difuso el valor causal de esta herencia.

Existe un solapamiento genético amplio entre distintos trastornos, como depresión, esquizofrenia o TDAH, lo cual pone en duda la validez de las categorías clínicas existentes. Los factores ambientales y sociales (estrés, adversidad, desigualdad, marginación) son reconocidos como determinantes claros de la llamada “salud mental” lo cual equipara lo mental al órgano, pero su inclusión en el discurso institucional suele ser ornamental, porque no reconfigura realmente una búsqueda causal.

En suma, al invocar estos factores sin articularlos causal y epistemológicamente, se construye una coartada “explicativa” que aparenta cubrir el vacío: un remiendo teórico que oculta que no hay un solo modelo explicativo capaz de sostener el campo.

Siguiendo la lógica de Žižek, estas explicaciones binarias (monoamina/genética/social) actúan como fetiches epistémicos: parecen ofrecer un fundamento, pero ocultan que no hay fundamento alguno: la psicopatología sigue configurada por antagonismos, discursos divergentes y crisis de verdad. La capacidad de nombrar un factor biológico o social funciona como un punto estabilizador simbólico, una sutura temporaria que oculta lo que el sistema no puede resolver.

En otras palabras, al reducir el sujeto a desequilibrios químicos o a riesgos aleatorios de carga genética, la disciplina psicológico-psiquiátrica practica un desplazamiento ideológico: sustitución del enigma del sujeto por variables que parecen objetivas. La sutura explicativa reduce la pulsión, la falta, la inconsistencia del sujeto al silencio.

Tanto la hipótesis aminérgica como el determinismo genético muestran un mismo patrón: cuando un modelo explicativo pierde legitimidad empírica, es reemplazado por otro que cumple la misma función ideológica. La bioquímica de la serotonina y los supuestos “genes de la depresión” son variaciones de un mismo gesto: producir un fundamento natural que cierre la inconsistencia constitutiva del campo psíquico. Así, lo que se desplaza no es el problema de fondo —la imposibilidad de fijar una causalidad última del sufrimiento—, sino la estrategia de sutura. La ideología biomédica funciona como un “significante amo” que circula de la química a la

genética para finalmente caer en las neurociencias, ofreciendo respuestas que estabilizan provisionalmente el discurso, pero que en el fondo no hacen sino reforzar la exclusión de la dimensión subjetiva y simbólica.

Tercer bloque: crítica al reduccionismo neurocientífico

Con el avance de las neurociencias y las técnicas de neuroimagen (fMRI, PET, EEG), la psicología oficial encontró un nuevo campo de legitimación: el cerebro como sede última del sujeto. Las correlaciones neuronales pasaron a interpretarse como explicaciones causales, y el discurso se trasladó del déficit químico o genético a la “activación” o “disfunción” de áreas específicas (corteza prefrontal, amígdala, hipocampo, etc.).

Sin embargo, este reduccionismo neurocientífico enfrenta varios problemas:

1. Correlación $\neq$ causalidad. La observación de patrones de activación cerebral no demuestra que éstos sean la causa del sufrimiento psíquico. Como señalan Bennett y Hacker (2003), atribuir funciones psicológicas a áreas cerebrales específicas confunde niveles de explicación, desplazando procesos subjetivos y sociales a una cartografía neuronal.
2. Plasticidad y variabilidad. La neurociencia ha mostrado que el cerebro es altamente plástico y modulable por experiencias, cultura y lenguaje. Pretender fijar un correlato estable para fenómenos como la depresión o la ansiedad contradice la propia evidencia sobre la variabilidad interindividual (Kandel 1998).
3. Efecto performativo de las imágenes. Las neuroimágenes poseen un aura de cientificidad visual que refuerza el reduccionismo: al mostrar “zonas iluminadas” del cerebro, producen la ilusión de objetividad y transparencia, cuando en realidad son construcciones estadísticas y modelos interpretativos (Dumit 2004).

Desde la perspectiva lacaniano-zizekiana, esta fascinación por el cerebro responde a una nueva forma de fetichización: allí donde el sujeto aparece como vacío y división, el discurso neurocientífico ofrece una imagen plenaria que promete transparencia. El cerebro se convierte en el “espejo” del sujeto, un nuevo estadio imaginario que pretende reemplazar la inconsistencia estructural por la ilusión de cartografía total.

El resultado es una paradoja: cuanto más avanzan las neurociencias, más se confirma que el psiquismo no puede reducirse a una base neuronal cerrada. La propia inconsistencia del campo retorna como exceso que ninguna resonancia magnética puede suturar.

Tomaré un ejemplo paradigmático y contemporáneo, en el 2024 se publicó un artículo considerado como la posible antesala de un cambio de paradigma sobre la forma en la que la psiquiatría realiza su diagnóstico, dirigiéndolo a un campo que pretende ser objetivo, este artículo llamado *Personalized brain circuit scores identify clinically distinct biotypes in depression and anxiety*, tal como indican Tozzi et al. (2024), los llamados *brain circuit scores* buscan identificar biotipos clínicamente diferenciados en depresión y ansiedad, reforzando el paradigma neurocientífico de clasificación. Literalmente como lo dictan “Estos hallazgos refuerzan la tendencia a reducir la subjetividad a correlatos cerebrales cuantificables” (Tozzi et al. 2024).

Claramente en este supuesto hallazgo es dictado como un logro o un avance hacia la cuantificación, pero sin ser expertos en el tema podemos encontrar una ironía fundamental, cada biotipo (neuroimagen) que es enlazado a un esquema subjetivo de los predomios sintomáticos en paciente depresivos solamente remplazando la correlación del discurso subjetivo con el de la imagen del biotipo, en todo caso funcionaría en pacientes con una imposibilidad de describir cualquier síntoma, pero habría de tener cuidado al indicar que una correlación justifique objetivamente el tratamiento diagnóstico. El presupuesto hallazgo se equivoca al decir que haría una diferencia al poder suministrar los antidepresivos que funcionen mejor ante un biotipo, claramente las diferentes formas de depresión ya han sido clasificadas según el discurso y eso no ha reafirmado la hipótesis aminérgica de manera objetiva recopilada por distintas formas de tal modo que la única diferencia es que la correlación de la neuroimagen sutura el discurso subjetivo y en apariencia adquiere un carácter de objetividad mayor.

En suma, los tres intentos de explicación —la hipótesis aminérgica, el reduccionismo genético y la fetichización neurocientífica— revelan un mismo gesto: suturar la inconsistencia constitutiva del campo psíquico mediante un fundamento naturalizado. Cada paradigma se presenta como descubrimiento científico neutral, pero en realidad responde a una lógica de reemplazo: cuando un modelo pierde credibilidad, otro ocupa su lugar, reproduciendo la misma

operación ideológica de clausura. La insistencia en localizar la causa del malestar en un déficit bioquímico, en un gen “responsable” o en una región cerebral no elimina la fractura estructural del sujeto, sino que la recubre con nuevas metáforas de objetividad.

Desde la perspectiva zizekiana, este movimiento expresa lo que Lacan llamó la lógica del “significante amo”: allí donde el saber se muestra incompleto, aparece un significante que pretende estabilizarlo —“serotonina”, “gen”, “amígdala”—, otorgando coherencia momentánea a un campo marcado por la falla. Lo que se oculta es que estos saberes se sostienen en el mismo vacío que intentan negar: el sujeto como división, la imposibilidad de una identidad plena.

De este modo, la crítica no se reduce a señalar la insuficiencia empírica de cada modelo, sino a mostrar su función ideológica: producir un “Yo” desubjetivado que pueda ser cuantificado, clasificado y gestionado. Aquí se abre el puente hacia el análisis siguiente: si la psicología oficial funda su práctica en estas operaciones de sutura, sus efectos clínicos y sociales no consisten en liberar al sujeto, sino en reforzar su alienación bajo formas adaptativas y administrativas del “Yo”.

3.4 Crítica ontológica-epistémica: Psicología sin Sujeto

Žižek sostiene que la psicología, desde su origen moderno, opera sobre una confusión entre sujeto y yo. Al pretender describir empíricamente la vida mental, la psicología reduce el sujeto del inconsciente (el Sujeto del significante) al nivel imaginario del yo consciente o autoconsciente.

“La psicología, incluso en sus formas más sofisticadas, confunde el sujeto con su autoimagen, con su representación dentro del campo simbólico. De este modo, pierde precisamente aquello que el psicoanálisis descubre: el sujeto como falta, como división estructural.” (Žižek 1989, 13)

La psicología “basada en evidencia” presenta sus categorías diagnósticas, sus constructos y sus métricas como si fueran simples nombres aplicados a una realidad ya constituida: el paciente como objeto de observación, el síntoma como hecho medible, el “trastorno” como entidad clínica preexistente a la mirada científica. Esta operación supone un presupuesto nominalista: que la tarea de la ciencia psicológica es identificar y etiquetar con precisión algo que está ahí, esperando ser clasificado.

Desde la perspectiva lacaniana —y en la lectura que de ella ofrece la Escuela Eslovena— este punto de partida no es inocente: es precisamente el tipo de nominalismo que obliga a renunciar al materialismo dialéctico. Para Lacan, el materialismo verdadero no consiste en la primacía de la materia como sustancia, sino en reconocer que lo real mismo está atravesado por la contradicción, por un corte que lo estructura desde adentro, impidiendo cualquier clausura. Como recuerda Alenka Zupančič, “el materialismo verdadero sólo puede ser un materialismo dialéctico, por lo que no se basa en la primacía de la materia ni en que la materia es el primer principio, sino es la noción del conflicto o la contradicción, de la división y del ‘paralaje de lo real’ que se produce en ella” (Zupančič 2017, 140).

Este principio tiene consecuencias directas sobre el estatuto de los conceptos científicos: no designan simplemente un objeto dado, sino que participan en la producción del campo mismo en el que ese objeto adquiere sentido. En este sentido, la PBE es incapaz de reconocer que sus propias categorías no sólo miden, sino que configuran lo que cuentan como datos clínicos y “evidencia”. Al reificar sus criterios de validación, la psicología oficial clausura la posibilidad de interrogar la ontología implícita de sus conceptos: un “Yo” pleno, observable, cuantificable, que no presenta el vacío estructural del sujeto del inconsciente.

El artículo de Joseph P. Simmons, Leif D. Nelson y Uri Simonsohn (2011) constituye una denuncia empírica y metodológica contra el modo en que la flexibilidad oculta en la recolección y el análisis de datos dentro de la psicología experimental puede llevar a producir resultados estadísticamente significativos aunque sean completamente falsos.

Los autores demuestran que los procedimientos estándar de la psicología —como la selección ad hoc de variables dependientes, el recorte selectivo de datos, el uso estratégico del p-value, o la modificación retrospectiva de hipótesis— pueden inflar la probabilidad de falsos positivos hasta niveles inaceptables, incluso cuando no existe ningún efecto real. Dicho de otro modo: el propio diseño metodológico de la psicología “científica” puede fabricar evidencia.

Simmons et al. no critican el paradigma positivista en sí, sino que ponen en evidencia su vulnerabilidad interna: la ilusión de objetividad en el análisis estadístico descansa sobre decisiones interpretativas que no se reconocen como tales. La consecuencia es epistemológica y política: la

psicología “basada en evidencia” no solo puede fallar en representar la realidad, sino que puede producirla ideológicamente bajo la forma de datos “verdaderos”.

Así, el nominalismo metodológico de la PBE no sólo es un problema epistemológico —un sesgo en la forma de producir y validar conocimiento— sino también ontológico: enmascara la división constitutiva del sujeto bajo la ficción de una identidad cerrada y medible. En términos lacanianos, sustituye el sujeto dividido por un individuo empírico, y con ello elimina el lugar mismo desde el cual sería posible un saber que incluya la falla, el síntoma y el goce como dimensiones constitutivas.

La distancia con el materialismo-dialéctico lacaniano es aquí irreductible. Allí donde el segundo sitúa el corte y la contradicción como principios estructurales de lo real, el primero opera como si lo real clínico fuera una sustancia estable a la que se le aplican nombres y mediciones. Y si, como advierte Lacan, ser nominalista es incompatible con el materialismo dialéctico, entonces la psicología basada en evidencia no sólo se aparta de este último, sino que encarna —en el corazón de su pretendida cientificidad— el único riesgo de idealismo que, según Lacan, podría infiltrarse en un discurso científico: el riesgo nominalista.

No sólo hay una diferencia radical en las consideraciones ontológicas del Yo/Sujeto, entre psicoanálisis lacaniano y PBE, sino que hay diferencias ontológicas en las que la psicología oficial se suscribe a la tradición biologicista de un entorno y ambiente despojado de las implicaciones del lenguaje y la cultura, en este sentido podemos retomar del libro “La incontinencia del vacío” una interesante crítica que implica también la concepción de la propia consciencia no como un producto directamente adaptativo al ambiente, sino por el contrario como una consecuencia de la actividad humana misma, del trabajo y el uso de herramientas mediadas por el lenguaje.

En este sentido vemos otra dirección que estas redefiniciones ontológicas tengan serias e importantes implicaciones epistémicas y metodológicas, el entorno y la consciencia como producto evolutivo directo ya no tienen una relación inmediata, sino que en la mediación del lenguaje la consciencia aparece como sub-producto, esta perspectiva es ampliamente compatible con la primacía del significante y las posturas previamente mencionadas del antidescriptivismo de Kripke al que se suscribe Slavoj Žižek, la diferencia entre lenguaje natural propio de la

biosemiótica y el lenguaje humano es propiamente la escisión o división fundamental entre el significante y el significado, de ahí que surja la posibilidad de toda figura retórica del lenguaje, la metonimia, la metáfora son sólo posibles a la desligazón establecida del significante del significado, y también hace comprensible la lógica del síntoma psicoanalítico propio de un inconsciente estructurado a la manera de un lenguaje, el síntoma psicossomático por excelencia sólo es posible por esta característica del lenguaje humano.

Culminando este apartado la crítica ontológica-epistémica, al igual que en el materialismo-histórico no pueden desligarse, tienen consecuencias recíprocas, el intento de Lacan por formalizar la teoría psicoanalítica revela esta condición histórica a la que toda significación está adscrita, por lo que poner un énfasis a la dimensión formal de dicha transmisión es un intento de eludir parcialmente las condiciones históricas de las que cualquier discurso teórico también está adscrito, en este sentido la crítica ontológica el uso no esclarecido pero sí implícitamente vinculado que tiene el discurso de la psicología oficial claramente no puede desligarse de una consecuencia de la crítica ontológica del “Yo”, es a fin de cuentas recíproca, Lacan ya habría criticado las corrientes pos-freudianas que hacían énfasis en adaptar el “Yo” a un entorno en su sentido de adaptación y función.

Ciertamente cuando en la obra freudiana se hace relación constante a un “principio de realidad” que eventualmente criticaría Lacan, es porque Freud aún mantiene una perspectiva ontológica de la realidad cercana a una forma ingenua, es decir, la realidad como estática, Žižek sin caer en una versión relativista de la realidad propio de otras formas de psicología como “constructo social” hace hincapié en la importancia del concepto de Real como diferencia de la realidad como el campo ideológico mismo, la dimensión socio-simbólica que es establecida como una sutura, toda definición mayúscula o universal de “Sociedad” como totalidad, claramente es incompatible dentro del movimiento dialéctico que toma Žižek de Hegel.

Hasta el momento hemos analizado las consecuencias epistémicas, sin embargo, es claro lo que se sigue lógicamente de ello, que tal insalvable brecha tiene consecuencias en el método, el poner acento en el método es precisamente por la ilusión de objetividad que la psicología oficial

(condición ampliamente ligada discursivamente a poseer “método científico”, razón por la que puede adquirir su estatus de “psicología científica”).

3.5 Ideología y efectos alienantes del discurso psicológico sobre el Sujeto

Para analizar de qué forma impacta el discurso psicológico en el ámbito contemporáneo es útil resaltar que no estamos en un estado “posideológico” en el que sabemos cómo opera la ideología, de hecho, nadie está fuera de ella, sin embargo en el sentido histórico, el término *ideología* surgió con Antoine Destutt de Tracy, aristócrata y filósofo de la Ilustración, quien en su *Mémoire sur la faculté de penser* (1796) definió la ideología como “la ciencia que estudia las ideas, su carácter, origen y las leyes que las rigen, así como las relaciones con los signos que las expresan”. Posteriormente, en su obra de cuatro volúmenes *Éléments d'idéologie* (1801–1815), Tracy consolidó el concepto como una ciencia mediadora entre la sensibilidad humana y el medio externo. En este momento temprano, la ideología se concebía en un sentido amplio como estado de conciencia. Sin embargo, el concepto evolucionará hacia las formulaciones que aquí resultan centrales.

Terry Eagleton (1997, 52–54), en su estudio sistemático del término, distingue al menos cinco concepciones que nos sirven de base antes de abordar la relectura zizekiana: (1) ideología como concepto neutro, equivalente a “cultura” o “cosmovisión”; (2) ideología como defensa de los intereses de un grupo frente a otros; (3) ideología como defensa de los intereses de un grupo social dominante; (4) ideología como instrumento del grupo dominante a través del falseamiento de la realidad; y (5) ideología como dispositivo estructural que reproduce las condiciones materiales de la sociedad, no necesariamente de forma intencional. En todos los casos, Eagleton resalta la función legitimadora de la ideología: un mecanismo que asegura la dominación de un grupo sobre otros ya sea mediante engaño o mediante la naturalización de las relaciones sociales. Es de destacar que en Žižek la ideología la expande al punto en que es plenamente la realidad socio-simbólica, la pura manera de relacionarnos con los objetos o la cotidianeidad hasta los intereses más evidentes del poder.

La noción marxiana de ideología como *falsa conciencia* añade un matiz decisivo. En su correspondencia con Engels, este último la describe como un proceso en el que “las fuerzas

motoras que realmente impulsan al pensador permanecen desconocidas para él; de no ser así, sencillamente no se trataría de un proceso ideológico” (Engels 1893, carta a Mehring). Es decir, el sujeto cree dominar sus representaciones, cuando en realidad está atrapado en dinámicas estructurales que desconoce. Freud y Marx convergen aquí: la conciencia no es dueña de sí misma. Si en Freud la neurosis revela la ajenidad de los contenidos psíquicos, en Marx la ideología muestra cómo la conciencia social se constituye desde un extrañamiento de su propia génesis.

Žižek retoma esta herencia marxiana, pero la reformula tras la caída del Muro de Berlín y el supuesto advenimiento de una era “posideológica” (Fukuyama 1992; Lyotard 1979; Sloterdijk 1983). Frente a la famosa fórmula marxista “ellos no saben lo que hacen”, Sloterdijk propone el cinismo moderno: “ellos lo saben, pero aun así lo hacen”. Žižek critica este planteamiento y lo desplaza al terreno de la praxis y la fantasía inconsciente: incluso cuando los sujetos “saben”, actúan como si no lo supieran, porque sus prácticas están sostenidas por estructuras fantasmáticas que no pueden ser reducidas a un saber consciente (Žižek 1989, 30).

Aquí la clave lacaniana es decisiva. La fantasía, lejos de ser una actividad imaginativa secundaria, constituye el soporte mismo de la realidad social: aquello que nos permite interactuar con los otros y con los objetos, organizando de antemano el horizonte de sentido. En este marco, la ideología no opera ocultando la realidad, sino produciéndola: lo que damos por supuesto en nuestra mirada es ya ideológico (Žižek 2010, 55).

Este desplazamiento tiene consecuencias directas para pensar la psicología oficial y, en particular, el paradigma de la psicología basada en evidencia. Bajo el semblante de neutralidad científica, este discurso ejerce una forma de violencia ideológica al reducir la subjetividad a la figura cuantificable del Yo. La complejidad estructural del sujeto —marcado por la falta, el goce y la inconsistencia— se sustituye por un individuo transparente a sus autopercepciones. En lugar de cuestionar las condiciones sociales que producen el malestar, la psicología las reinscribe en diagnósticos estandarizados y en categorías clínicas que funcionan como significantes-amos (Žižek 1999, 41–45). El sujeto, atrapado en esta lógica, halla incluso un goce en identificarse con la etiqueta diagnóstica y en reconocerse en la narrativa oficial de su “trastorno”. Este goce, paradójicamente, asegura la reproducción del orden social.

De este modo, la psicología basada en evidencia encarna lo que Žižek identifica como el núcleo de la ideología: no un velo que distorsiona la realidad, sino la producción misma de un campo social que se sostiene en la exclusión de su propia falla constitutiva. Al prometer objetividad y eficacia, la disciplina psicológica actualiza la paradoja ideológica: cuanto más busca distanciarse de la ideología, más profundamente la encarna.

“El discurso de la autoayuda y de la psicología terapéutica actual no libera al sujeto; lo somete a una forma aún más intensa de servidumbre al goce.” (Žižek 2010, 67). La psicología, en su versión neoliberal, transforma la alienación estructural del sujeto (su falta constitutiva) en una deficiencia personal corregible, reforzando así la lógica del mercado del bienestar.

Actualmente podemos ubicar un enlace fundamental entre la PBE y el discurso de la psicología popular, el discurso psicológico cotidiano que se usa con tanta frecuencia como lo que sintomáticamente designa eso, si bien no está en el formato del de la evidencia, es notable las grandes implicaciones que tiene dentro de las formas de configurar las subjetividades, encontramos una forma de psicología apegada al imperativo moral, el discurso psicológico termina por replicar una de las formas más imparables de legitimar, es válido preguntarse qué tanta diferencia tienen en este aspecto las formas presuntamente científicas de legitimar un conocimiento psicológico de las formas en las que se presenta el discurso psicológico.

Claramente la psicología no es sólo un ámbito limitado a su campo, tal como se describió en gran parte de su historia la psicometría y sus instrumentos están habilitados desde para la decisión de contratación de personal hasta en el ámbito de la psicología forense donde con la ilusión de objetividad se toman decisiones vitales y decisivas, la forma en la que la pedagogía se enlaza a una psicología que a su vez lo hace con una perspectiva de medicalización deja ver cómo las sociedades como la estadounidense maneja los problemas de dicha área, estamos ante el ejemplo paradigmático de una ideología que funciona perfecto porque no está oculta sino porque sutura cada fenómeno de la experiencia cotidiana y subjetiva, trata de explicar la complejidad de las relaciones y lo hace de una forma tan segura que es una labor crítica y un deber ético por parte de todo dominio “psy” comenzar a deshilar todo lo que se ha enarbolado en ilusión del progreso técnico, por el contrario, el estancamiento y los problemas epistémicos y metodológicos hay son

un claro indicador de haber renunciado al deber de buscar las causas de lo que estudia como lo haría una ciencia.

CAPÍTULO 4: CONCLUSIONES, DEBATES Y LÍNEAS DE INVESTIGACIÓN

4.1 Conclusiones y debate

El recorrido realizado a lo largo de esta investigación muestra que la psicología, en su versión oficial y “basada en evidencia”, ha adoptado una separación respecto de la filosofía que lejos de emanciparla la ha despojado de su capacidad crítica. La rápida legitimación de la psicología como ciencia, al precio de un empirismo ingenuo y de una ideología técnica, ha conducido a que su discurso se reduzca a la descripción tautológica de fenómenos, confundiendo la nominación con explicación. En contraste, la teoría del sujeto en Lacan y Žižek ofrece una alternativa que no elude la falta estructural ni la imposibilidad constitutiva de lo Real.

La apuesta filosófica de Žižek es clara: lo que fracasa en la comprensión del objeto debe concebirse como un rasgo del objeto mismo. “El mismísimo fracaso de mi esfuerzo a la hora de comprender la Cosa debe (re)concebirse como un rasgo de la Cosa, como una imposibilidad inscrita en la mismísima esencia de lo Real” (Žižek 2017, 11). Desde esta perspectiva, la psicología no puede contentarse con correlaciones estadísticas ni con clasificaciones diagnósticas; debe confrontar el vacío que constituye al sujeto.

Así, el diálogo entre filosofía y psicoanálisis se revela no como un cruce ocasional, sino como una intersección estructural —dos caras de la misma cinta de Möbius (Žižek 2017, 13)— que cuestiona tanto la autonomía ficticia del “Yo” como la pretensión de cientificidad neutral de la psicología oficial.

Este trabajo abre un espacio de debate en torno a la pertinencia de mantener la psicología bajo el dominio de criterios tecnocráticos y biomédicos, como los promovidos por el DSM. La aparente neutralidad descriptiva se sostiene en un trasfondo político, económico e ideológico que debe ser desmantelado. En esta línea, la tesis se inserta en un debate mayor sobre el estatuto de las ciencias humanas: ¿pueden éstas aspirar a una objetividad sin reconocer la negatividad y la incompletitud que las constituyen?

Además, se anticipan discusiones sobre el papel del psicoanálisis en el ámbito filosófico. Si Lacan pudo decir *je m’insurge contre la philosophie*, no fue para rechazarla, sino para advertir contra su uso como visión totalizante del mundo. Como señala Žižek (2017, 13), psicoanálisis y

filosofía son inseparables en su imposibilidad compartida de suturar el todo. La psicología, al pretender superar estas contradicciones, queda atrapada en una falsa transparencia.

4.2 Aportes y limitaciones

El aporte central de esta tesis radica en haber mostrado que la noción zizekiana del sujeto, atravesada por la negatividad y la incompletitud, constituye una herramienta teórica decisiva para cuestionar la psicología oficial. Allí donde ésta confunde la subjetividad con la autoimagen cuantificable del “self”, el psicoanálisis pone en primer plano la división del sujeto (\$) y la imposibilidad de reducirlo a propiedades descriptivas.

Otro aporte consiste en señalar la vigencia del diálogo entre filosofía y psicoanálisis como vía crítica frente a discursos que, bajo el amparo de la “evidencia científica”, reproducen mecanismos ideológicos de control social. En este sentido, se abre una línea de continuidad con la Escuela de Frankfurt, pero desde la especificidad de la teoría lacaniana y su reelaboración en Žižek.

Finalmente, la tesis muestra que la filosofía, lejos de haber agotado su función crítica, se vuelve más urgente en la medida en que denuncia la ilusión de neutralidad científica y pone al descubierto la dimensión política e ideológica de las ciencias humanas. Como señala Žižek (2017, 12), la filosofía después de Kant no puede aspirar a ser una metafísica completa, sino que debe habitar sus propios fracasos como lugar de verdad.

Este trabajo reconoce sus propios límites. En primer lugar, la restricción a la psicología “basada en evidencia” deja fuera otras corrientes críticas o alternativas que podrían ampliar el debate. En segundo lugar, no se aborda en profundidad la práctica clínica del psicoanálisis, lo cual podría generar la impresión de un distanciamiento excesivo respecto a su dimensión empírica. Sin embargo, esta limitación es también una elección metodológica: la teoría del sujeto, más que una técnica terapéutica, aquí se entiende como un marco ontológico y epistémico.

Otra limitación reside en la amplitud del campo analizado. Si bien se han señalado las conexiones entre psicología, biopolítica (un concepto foucaultiano) y tecnociencia, queda pendiente un análisis más sistemático de las transformaciones recientes, como el impacto de la inteligencia artificial en la psicometría o la creciente integración de la neurociencia en la práctica psicológica.

Por último, el carácter filosófico de esta investigación implica un estilo de exposición que no busca agotar el tema, ser conclusivo sería precisamente lo opuesto a las propuestas zizekianas, sino abrirlo a nuevas preguntas. La labor de la filosofía tal como lo describe en uno de sus carismáticos e irónicos videos es hacer las preguntas correctas, a veces las formas en las que se han hecho las preguntas dirigen a una serie de respuestas. En este sentido, los resultados deben leerse como un punto de partida, más que como una conclusión definitiva, siendo congruentes con la imposibilidad de cerrar por completo el tema que compete a un campo tan relevante en el impacto de las subjetividades que es apenas el punto tanto de retorno como de partida para volver a pensar al Sujeto dentro de campo “psy”, y quizás incluso dentro de las humanidades, incluyendo su implicación en la filosofía.

4.3. Líneas de investigación futura

Llegando a este punto resulta por un lado tan pertinente como ambicioso expresar que por mínimo la “Teoría del sujeto” en Lacan y tal como Slavoj Žižek lo ha llevado más allá del ámbito clínico, que subvierte la forma de abordar toda ciencia humana, desde las consideraciones ideológicas hasta las formas de pensar las causalidades que no pueden ser capturadas por ningún discurso que por querer ganar en objetividad termine perdiendo ser aún menos objetivo y por otro estar más lejos que el intento de acercarse al aspecto “no-suturado” con el que lidia precisamente la actividad científica y filosófica, es claro que para Žižek la tarea de la filosofía ya no puede ser la de crear ningún sistema que apele a la completitud o a la consistencia, puede que la comprensión de algunos fenómenos se obtenga de formas parciales pero que en esa parcialidad se encuentre más cerca de cierta lógica que le compete a haber tejido una explicación por la tecnificación de la ciencia y sus aplicaciones.

En este sentido, la propuesta de un retorno a la actividad del pensamiento tanto filosófico y de la mano de las implicaciones tan radicales del psicoanálisis, exista un espacio para retornar todo el dominio “Psy” a la revisión filosófica, si bien es claro que habría por demás reclamos de cierta actitud “retrograda” en este gesto, podríamos argumentar como es que un retorno a veces es realmente un verdadero progreso, pues la revisión y rectificación del inicio marca un sendero más legítimo que el de neciamente haber seguido por la ruta que cada vez lleva más lejos un error hasta

convertirlo en una verdad incuestionable, mientras que el campo psy (incluyendo al psicoanálisis) no se escapan de la crítica misma, en este sentido la actitud que puede tomar el psicoanálisis (excluyendo toda conclusión dogmática o actitud ortodoxa) a la subversión que tiene.

Las líneas de investigación futuras no pueden ignorar la vigencia de autores como Alain Badiou y su noción de antifilosofía —entendida no como oposición sino como el “revés” del psicoanálisis—, ni tampoco el señalamiento de Žižek, quien insiste en que dicha implicación es ya en sí misma filosófica. En este horizonte, el psicoanálisis, lejos de quedar confinado a la clínica, se configura como una herramienta crítica que entrelaza lo histórico y lo material en una perspectiva dialéctica. Todo conocimiento producido, ya sea científico o teórico, comporta un momento filosófico, de modo que lo decisivo no es clausurar el pensamiento en sistemas consistentes, sino interrogar sus condiciones de posibilidad. De allí se desprende la dimensión política: la teoría del sujeto cuestiona la idea misma de democracia como un conjunto de “Yoes” autónomos y racionales, al evidenciar la sujeción estructural al lenguaje y al inconsciente que articula toda práctica social.

Tal como lo expresa Žižek, Después de Kant, la «filosofía de factura clásica o neoclásica», es decir, como «visión del mundo», como interpretación significativa de la estructura de toda la realidad, simplemente ya no es posible. Con el giro crítico de Kant, pensar ya «no está exactamente en el campo de la filosofía», ya no ofrece «una filosofía, sino un método»: la filosofía se vuelve autorreflexiva, un discurso que examina sus propias condiciones de posibilidad o, para ser más precisos, de su propia imposibilidad.

En este sentido la tesis destinada a la psicología se debe, tanto a mi propia formación base en psicología, teniendo quizás al menos cierta licencia a establecer una revisión crítica, como también manifestar la dimensión política, social e ideológica en que se observa el estatuto del discurso psicológico en su dimensión popular, cosa que no está libre de efectos ideológicos que influyen en esa aparente y libre democracia, si bien no lo he expresado como tal, es claro que la filosofía política, el derecho (como las formas de psicología forense) y otras formas en las que adquiere la psicología o la psiquiatría un dominio de poder sean revisadas en sus cimientos más profundos y no sólo sea motivo de contento haber logrado encuadrar una muestra como si se tratara

de una fotografía estática de una condición en donde no sólo se olvida la reflexión sobre ¿qué es lo que realmente se está estudiando?, sino también en qué dirección ha sido encaminada y financiada con su relación tan fuerte con la psiquiatría norteamericana.

Por demás, es claro que los debates también que puedan existir ante esta tesis, ante las argumentaciones que se han postulado puedan ser bastantes, pese a ello es de la misma manera grato que se presenten esos debates pues es la problematización y la misma contradicción la única manera en que podemos establecer una relación con cierto avance, con un movimiento dialéctico, si la psicología parece no tener contradicción es ya motivo de preocupación, está claro que la “Teoría del sujeto” que se ha ido trabajando desde el psicoanálisis hasta otros campos esté claramente abierta a ser debatida, así como las distintas críticas al concepto de “evidencia” dentro del campo “psy” y las implicaciones que toda formulación ontológica tienen en toda área científica, esperando específicamente que cause movimiento de algún tipo, sea que puedan las humanidades pensarse de otra manera o no, es un camino que por lo menos se construirá gozosamente sobre la reflexión crítica y ética, poniendo claramente a la filosofía como más vigente que nunca.

Referencias:

Adorno, Theodor W., y Max Horkheimer. *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta, 2016.

Althusser, Louis. *Ideology and Ideological State Apparatuses*. En *Lenin and Philosophy and Other Essays*, 127–188. New York: Monthly Review Press, 1970.

Antić, Ana. “The New Socialist Citizen and ‘Forgetting’ Authoritarianism: Psychiatry, Psychoanalysis, and Revolution in Socialist Yugoslavia.” En *Memory, Anniversaries and Mental Health in International Historical Perspective*, 65–88. Cham: Springer, 2023.

https://doi.org/10.1007/978-3-031-22978-7_3.

Badiou, Alain, y Slavoj Žižek. *Philosophy in the Present*. Cambridge: Polity, 2010.

Benjamin, Ludy T. *A History of Psychology in Letters*. 2.^a ed. Malden: Blackwell, 2007.

Braunstein, Néstor A. *Goce: Un concepto lacaniano*. México: Siglo XXI, 2010.

Carson, John. “Army Alpha, Army Beta, and the Intelligence Testing Movement.” *History of Psychology* 6, no. 3 (1993): 283–299.

Caruso, Igor A. *Narcisismo y socialización: fundamentos psicogenéticos de la conducta social*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores, 1987.

Castro-Gómez, Santiago. *Revoluciones sin sujeto: Slavoj Žižek y la crítica del historicismo posmoderno*. México: Akal, 2015.

Cruz, Manuel. *Filosofía contemporánea*. Barcelona: Herder, 2015.

Dean, Jodi. *Žižek’s Politics*. New York: Routledge, 2006.

Dolar, Mladen. *A Voice and Nothing More*. Cambridge, MA: MIT Press, 2006.

Eagleton, Terry. *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires: Paidós, 1997.

Evans, Dylan. *An Introductory Dictionary of Lacanian Psychoanalysis*. London: Routledge, 2007.

Freud, Sigmund. *El yo y el ello* (1923). En *Obras Completas*, vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

Fromm, Erich. *Anatomía de la destructividad humana*. México: Siglo XXI, 1973.

Glenny, Misha. *The Balkans: Nationalism, War and the Great Powers, 1804–2011*. New York: Penguin, 2012.

Gómez Camarena, César, y Saúl Aguilar Alcalá. “Café sin leche, Escuela sin concepto: rasgos, operaciones y lecturas en la Escuela eslovena.” *Res Pública. Revista de Historia de las Ideas Políticas* 23, no. 3 (2020): 305–319.

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. *Fenomenología del espíritu*. Madrid: Abada, 2011.

———. *The Science of Logic*. Traducido por George di Giovanni. Cambridge: Cambridge University Press, 2011.

Honneth, Axel. *La idea del socialismo*. Buenos Aires: Katz, 2017.

Horwitz, Allan V. *Creating Mental Illness*. Chicago: University of Chicago Press, 2002.

Kamran, M., et al. 2022. “Major Depressive Disorder: Existing Hypotheses...” *PMC*.

Kripke, Saul. *Naming and Necessity*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 1980.

Kulenović, Izet. “Community Psychiatry in Yugoslavia.” *International Journal of Social Psychiatry* 27, no. 4 (1981): 277–282.

Kuzmanović, Dragan. *Psychoanalysis in Socialist Yugoslavia*. Belgrade: Institute for Recent History of Serbia, 2019.

Lacan, Jacques. *Écrits*. Paris: Seuil, 1966.

———. *Escritos*. México: Siglo XXI, 1985.

———. “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis.” En *Escritos I*. México: Siglo XXI, 1985.

———. “Le stade du miroir.” En *Écrits*. Paris: Seuil, 1949.

———. “La instancia de la letra en el inconsciente.” En *Escritos I*, 493–528. México: Siglo XXI, 1985 [1953].

Lieberman, Jeffrey A. *Historia de la psiquiatría: de la locura a la neurociencia*. Barcelona: Ariel, 2015.

Marcuse, Herbert. *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel, 1983 [1955].

———. *El hombre unidimensional*. Barcelona: Planeta-De Agostini, 1984 [1964].

Marsella, Anthony J., y Geoffrey M. White. “Cultural Conceptions of Mental Health and Therapy.” En *Handbook of Cross-Cultural Psychology*, editado por Harry C. Triandis y John W. Berry, 3rd ed., vol. 3, 285–314. Boston: Allyn & Bacon, 2006.

Milošević, Ljiljana. “Psychiatry and Society in Socialist Yugoslavia.” *History of Psychiatry* 25, no. 1 (2014): 111–127.

Muñoz, Gerardo. “Psicoanálisis y Escuela de Frankfurt: Notas sobre una relación crítica.” *Revista de Filosofía y Teoría Política* 41 (2000): 87–106.

Norcross, John C., Michael A. Sayette, and Tracy J. Mayne. *Insider’s Guide to Graduate Programs in Clinical and Counseling Psychology*. New York: Guilford, 2016.

Parin, Paul. *Escritos sobre etnopsicoanálisis*. Zürich: Suhrkamp, 1983.

Parker, Ian. *Slavoj Žižek: A Critical Introduction*. London: Pluto Press, 2004.

———. *Psychology after the Crisis of Evidence-Based Practice*. London: Routledge, 2011.

Pfaller, Robert. *On the Pleasure Principle in Culture: Illusions Without Owners*. London: Verso, 2014.

Ponterotto, Joseph G., J. Manuel Casas, Lisa A. Suzuki, y Charlene M. Alexander, eds. *Handbook of Multicultural Counseling*. 4th ed., 63–68. Thousand Oaks, CA: SAGE, 2017.

Reich, Wilhelm. *Psicología de masas del fascismo*. Madrid: Capitán Swing, 2020 [1933].

Roudinesco, Élisabeth. *Jacques Lacan: Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. Buenos Aires: Paidós, 2017.

———. *Jacques Lacan: Esbozo de una vida, historia de un pensamiento*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016.

———. *El yo soberano*. México: Penguin Random House, 2023.

Salecl, Renata. *The Spoils of Freedom: Psychoanalysis and Feminism after the Fall of Socialism*. London: Routledge, 1994.

Searle, John. *Speech Acts: An Essay in the Philosophy of Language*. Cambridge: Cambridge University Press, 1969.

Simmons, Joseph P., Leif D. Nelson, and Uri Simonsohn. “False-Positive Psychology: Undisclosed Flexibility in Data Collection and Analysis Allows Presenting Anything as Significant.” *Psychological Science* 22, no. 11 (2011): 1359–1366.
<https://doi.org/10.1177/0956797611417632>.

Tozzi, Laura, Xin Zhang, Alexandra Pines, et al. 2024. “Personalized Brain Circuit Scores Identify Clinically Distinct Biotypes in Depression and Anxiety.” *Nature Medicine* 30 (2): 353–364. <https://doi.org/10.1038/s41591-024-03057-9>.

Zupančič, Alenka. *Ética de lo real: Kant, Lacan*. Buenos Aires: Paidós, 2000.

———. *The Odd One In: On Comedy*. Cambridge, MA: MIT Press, 2008.

———. *The Shortest Shadow: Nietzsche's Philosophy of the Two*. Cambridge, MA: MIT Press, 2003.

Žižek, Slavoj. *Le plus sublime des hystériques: Hegel avec Lacan*. Paris: Éditions Point Hors Ligne, 1988.

———. *The Sublime Object of Ideology*. London: Verso, 1989.

———. *Looking Awry: An Introduction to Jacques Lacan through Popular Culture*. Cambridge, MA: MIT Press, 1991.

———. *Enjoy Your Symptom!: Jacques Lacan in Hollywood and Out*. London: Routledge, 1992.

———. *The Ticklish Subject: The Absent Centre of Political Ontology*. London: Verso, 1999.

———. *Arriesgando lo imposible: Conversaciones con Glyn Daly*. Buenos Aires: Paidós, 2004.

———. *Living in the End Times*. London: Verso, 2012.

———. *Less Than Nothing: Hegel and the Shadow of Dialectical Materialism*. London: Verso, 2012.

———. *Organs Without Bodies: On Deleuze and Consequences*. London: Routledge, 2004.

Arturo Velasco Higareda

La noción de sujeto en el materialismo-dialéctico de Slavoj Žižek Hacia una crítica .pdf

 Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Detalles del documento

Identificador de la entrega

trn:oid::3117:525793688

Fecha de entrega

10 nov 2025, 8:49 a.m. GMT-6

Fecha de descarga

10 nov 2025, 9:01 a.m. GMT-6

Nombre del archivo

La noción de sujeto en el materialismo-dialéctico de Slavoj Žižek Hacia una crítica .pdf

Tamaño del archivo

699.9 KB

66 páginas

20.345 palabras

116.797 caracteres

3% Similitud general

El total combinado de todas las coincidencias, incluidas las fuentes superpuestas, para ca...

Filtrado desde el informe

- Texto citado
- Texto mencionado
- Coincidencias menores (menos de 10 palabras)

Fuentes principales

- 3%  Fuentes de Internet
- 2%  Publicaciones
- 0%  Trabajos entregados (trabajos del estudiante)

Marcas de integridad

N.º de alertas de integridad para revisión

No se han detectado manipulaciones de texto sospechosas.

Los algoritmos de nuestro sistema analizan un documento en profundidad para buscar inconsistencias que permitirían distinguirlo de una entrega normal. Si advertimos algo extraño, lo marcamos como una alerta para que pueda revisarlo.

Una marca de alerta no es necesariamente un indicador de problemas. Sin embargo, recomendamos que preste atención y la revise.

Formato de Declaración de Originalidad y Uso de Inteligencia Artificial

Coordinación General de Estudios de Posgrado
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo



A quien corresponda,

Por este medio, quien abajo firma, bajo protesta de decir verdad, declara lo siguiente:

- Que presenta para revisión de originalidad el manuscrito cuyos detalles se especifican abajo.
- Que todas las fuentes consultadas para la elaboración del manuscrito están debidamente identificadas dentro del cuerpo del texto, e incluidas en la lista de referencias.
- Que, en caso de haber usado un sistema de inteligencia artificial, en cualquier etapa del desarrollo de su trabajo, lo ha especificado en la tabla que se encuentra en este documento.
- Que conoce la normativa de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en particular los Incisos IX y XII del artículo 85, y los artículos 88 y 101 del Estatuto Universitario de la UMSNH, además del transitorio tercero del Reglamento General para los Estudios de Posgrado de la UMSNH.

Datos del manuscrito que se presenta a revisión		
Programa educativo	Maestría en Filosofía de la Cultura	
Título del trabajo	La noción de sujeto en el materialismo-dialéctico de Slavoj Žižek: Hacia una crítica de la "psicología basada en evidencia".	
	Nombre	Correo electrónico
Autor/es	Arturo Velasco Higareda	1103454F@umich.mx
Director	Dr. Oliver Kozlarek	
Codirector	Dr. Emiliano José Mendoza Solís	emiliano.mendoza@umich.mx
Coordinador del programa	Dr. Jesús Emmanuel Ferreira González	mae.filosofia.cultura@umich.mx

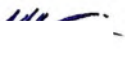
Uso de Inteligencia Artificial		
Rubro	Uso (sí/no)	Descripción
Asistencia en la redacción	No	

Formato de Declaración de Originalidad y Uso de Inteligencia Artificial

Coordinación General de Estudios de Posgrado
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo



Uso de Inteligencia Artificial		
Rubro	Uso (sí/no)	Descripción
Traducción al español	No	
Traducción a otra lengua	No	
Revisión y corrección de estilo	No	
Análisis de datos	No	
Búsqueda y organización de información	No	
Formateo de las referencias bibliográficas	No	
Generación de contenido multimedia	No	
Otro	No	

Datos del solicitante	
Nombre y firma	Arturo Velasco Higareda 
Lugar y fecha	09/11/2025